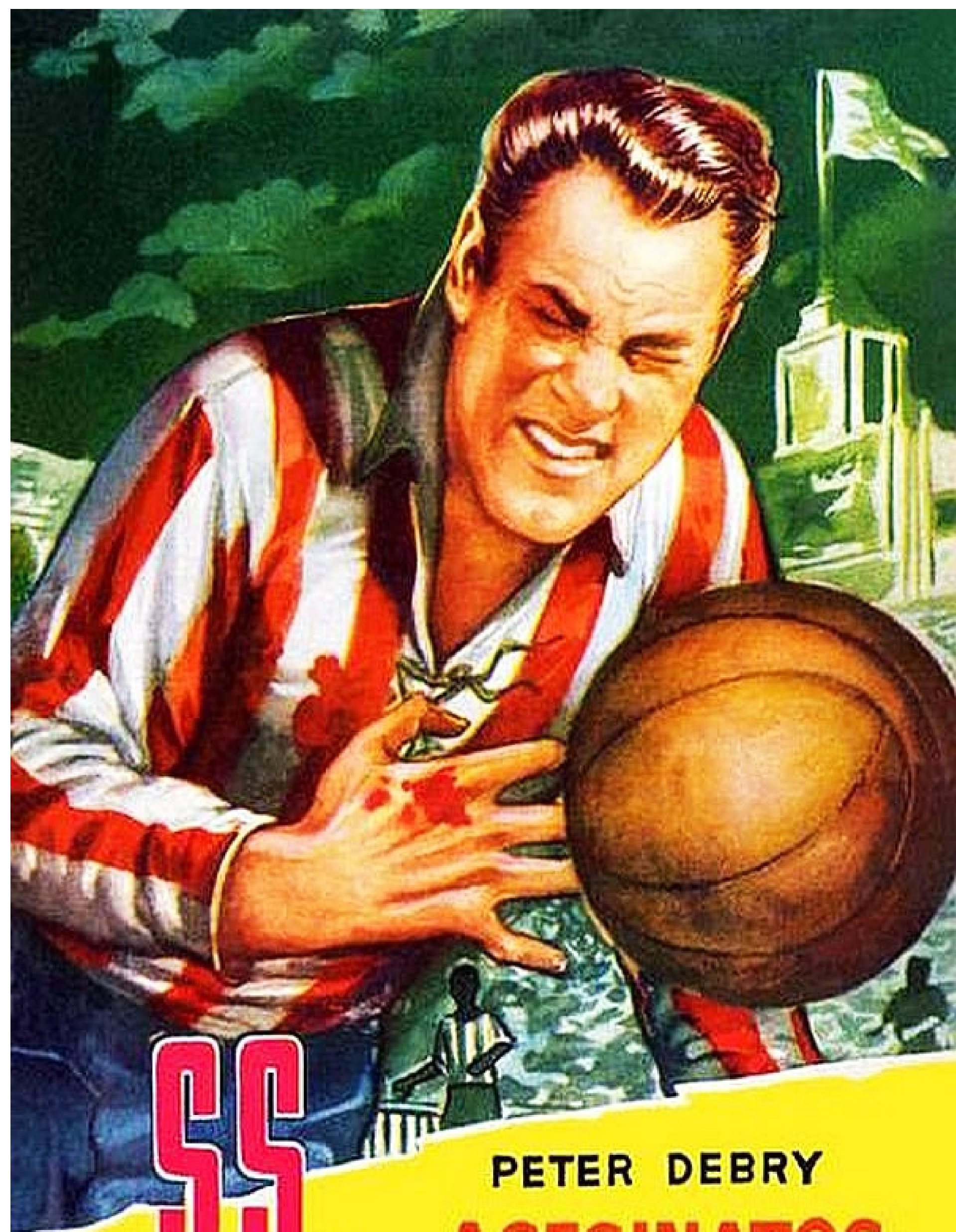


SS

SERVICIO SECRETO

PETER DEBRY

ASESINATOS EN EL ESTADIO

Novela ambientada en el mundo del fútbol y de las apuestas deportivas que se mantiene sólida de principio a fin a través de una trama bien urdida y de unos personajes bien definidos.

Tras el mundial de Brasil de 1950, Estados Unidos, que ha participado con dignidad, vive una pasión por este deporte creándose las primeras ligas potentes y obteniendo el favor del público. Jim Vespa es un atlético muchacho que vive en Atlantic City y que. Además de inventor ocasional, se dedica a probar automóviles. Un día recibe un encargo del millonario Henry Cardigan: convertirse en conductor del autobús del equipo de fútbol de Atlantic City; él acepta encantado y a ello ayuda no sólo su pasión por el equipo sino el hecho de que la propuesta venga de Burt Burlington, un pintoresco octogenario naturista que ejerce de hombre de confianza de Cardigan.



Peter Debry

Asesinatos en el estadio.

Bolsilibros: Servicio Secreto - 46

ePub r1.1
jala y xico_weno 05.07.17

Título original: *Asesinatos en el estadio*
Peter Debry, 1951
Portada: Provensal (presumiblemente)
Ilustraciones: Macabich

Editores digitales: jala y xico_weno
ePub base r1.2





PETER DEBRY

Asesinatos en el Estadio

1ª. EDICIÓN
JUNIO - 1951

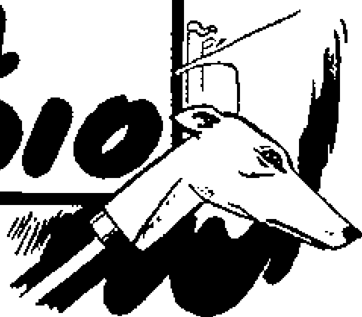
EDITORIAL
Proyecto, 2-T 284453



BRUGUERA
BARCELONA (6)

ASESINATOS EN EL ESTADIO

POR PETER DEBRY



CAPÍTULO PRIMERO

Los acontecimientos que trastornan trágicamente una existencia, tienen a veces su origen en un motivo insignificante. Esto fue lo que le sucedió a Jim Vespa, un tranquilo probador de coches de la ciudad de Trenton, capital del Estado de Nueva Jersey.

Nueva Jersey y la ciudad de Nueva York están unidos, como dos gigantescos siameses, por puentes, trenes, *ferry*-barcos y metros. Cada día, miles de personas van y vienen entre los dos Estados. Una enorme oleada de habitantes de Nueva Jersey invade Nueva York para trabajar en sus tiendas y oficinas, y una menor cantidad de neoyorkinos van a trabajar en los centros industriales de Nueva Jersey.

Pero lo que más atrae a los neoyorkinos, en Nueva Jersey, es la célebre playa de Atlantic City. El agua baña todas las fronteras de Nueva Jersey, salvo la norteña, pero Atlantic City es la playa preferida, porque ha sido adecuadamente dispuesta en una especie de inmensa fábrica de distracciones organizadas en gran escala.

Su popularidad procede también de su clima, mucho más cálido que el de Nueva York y Filadelfia, sus vecinas ciudades, gracias a la curva protectora de la costa en este lugar y a la proximidad de la corriente tibia del *Gulf Stream*.

Es uno de los lugares favoritos para los recién casados. Los hoteles son tan vastos que con sus propias tiendas, playas y teatros, constituyen un mundo aparte.

El Paseo de la Playa, ancho de cuarenta metros y de una longitud de cuatro millas, es el centro de la vida mundana en Atlantic City. Por él desfilan ciudadanos lánguidamente reclinados en sillas rodantes, empujadas por negros, vestidos con elegantes libreas blancas.

Y mientras, los que así pasean, pueden contemplas los millares de cuerpos tumbados en la arena, echar un vistazo a los escaparates de la acera opuesta a la playa y aspirar el aire marino.

La mayor parte de las atracciones están reunidas a lo largo de un dique que avanza lejos, dentro del mar. Abundan las casetas de «adivinadoras del porvenir», de tiro al blanco y de todas las formas imaginables de espectáculos y diversiones, desde danzarinas hawaianas, que sobre el tablado mueven las caderas al compás del «hula-hula
», hasta el hércules que reta a luchar, ofreciendo cien dólares si le obligan a colocar las espaldas sobre el tapiz al interior de la caseta.

Jim Vespa era probador de coches de todas clases, pues la fábrica «Camden» lanzaba camiones, bólidos de carreras y resistentes turismos. La prueba de camiones se hacía a lo largo del río Delaware y su bahía, donde la carretera era serpenteante y, con numerosas pendientes. Los turismos y carreras volaban bajo la experta conducción de Jim por la carretera que unía Trenton con Atlantic City.

En Atlantic City, Jim era conocido de cierto sector que concurría a uno de los numerosos restaurantes extranjeros, llamados así por su cocina.

Más que en ningún estado yanqui, en Nueva Jersey abundan los europeos, y Jim Vespa era uno más de la nutrida colonia italiana; la aparición allí del primer miembro de su familia Vespa, databa del año 1678.

Acudía al restaurante «Isola», donde encontraba muchos de los que vivían divirtiendo a los demás en el dique de las atracciones.

La existencia transcurría plácidamente para Jim Vespa, cuyas dos principales pasiones eran la fotografía y el fútbol. Pero poco podía imaginar que, debido a que el equipo de los Estados Unidos había sido la sorpresa en los Campeonatos Mundiales de Río Janeiro, y a que a él le gustase apretar un disparador fotográfico, iba a verse envuelto en una serie de dramáticos acontecimientos.

Alto y moreno, más bien delgado, Jim Vespa, que gustaba de vestir bien cuando no estaba al volante probando, parecía un joven estudiante, no adivinándose bajo sus ropas, su acerada constitución, de bien templados nervios.

El propietario del «Isola», le apreciaba mucho, porque Jim era el

único concurrente a su restaurante, que no trataba de invitar al cine a ninguna de sus tres hijas que servían las mesas. Jim Vespa decía que, pese a que Loretta, Marietta y Fianmetta, eran guapísimas y simpáticas, él no podía pensar en mujeres seriamente, por cuanto un probador de coches estaba siempre a punto de romperse el cráneo.

Decía que esperaba para enamorarse, ascender a verificador de motores en banco de prueba. Pero no sabía que el amor es una agradable enfermedad que ataca de pronto y a traición.

—¿Qué vas a cenar hoy, Jim? —preguntó el dueño, que se dignaba acudir personalmente cuando llegaba Jim Vespa—. Te recomiendo él *risotto* y las *enchiladas*. ¡Marietta! Pronto, un *risotto* para el señor Vespa. Hay poca gente esta noche, Jim, porque es pronto. ¿Qué? ¿Un paseo por el dique?

—Me ha citado el señor Cardigan.

—*¡Madonna!* ¿Cardigan, el dueño de la radio? ¿Cardigan, el presidente del «Atlantic Club»? *¡Evviva, mío caro!* Pero ¿para qué te cita Cardigan?

—No lo sé todavía.

—Puede que haya averiguado que tú le das bien al balón. Escucha, Jim, yo no tengo nada en contra de tu oficio, pero si fuera tú, con tus veintidós años, tu ligereza, tu toque de izquierda, tu flexibilidad, ya hace tiempo que estaría entrenándome en el «Atlantic».

—A mí el fútbol me gusta verlo sentado. Y si, cuando tengo un rato libre, voy a jugar un poco en el estadio, es para hacer ejercicio. Nada más. Tengo mejor porvenir en la fábrica, que corriendo tras un balón. Es más seguro.

—¡Muy bien dicho, joven! —exclamó un individuo desde una mesa vecina—. Usted es el primer muchacho sensato que he oído, desde que en Atlantic City se ha desatado el furor futbolístico. No me mire así, Guido.

Encogiéndose de hombros, el dueño del restaurante se alejó porque le llamaban desde la Cocina. Jim Vespa miró al que le había interpelado, y sin saber por qué le sonrió.

Era un anciano, de espesa y blanca cabellera, rostro muy arrugado, pero que no daba impresión de vejez. Calzaba sandalias, y llevaba un pantalón muy ligero, y una camiseta de seda.

Se levantó y, sentándose ante Jim Vespa, dijo:

—Me llamo Bart Burlington. Tanto gusto. Tengo ochenta y tres años, y siento lástima al ver tantos jovenzuelos resoplando asmáticamente cuando corren tras un autobús. El tabaco y el alcohol, son la perdición del hombre.

Desde el umbral de la cocina, Guido, el dueño, se barrenó la sien con el índice, señalando después al anciano, sentado frente a Vespa.

—Ahora caigo en quién es Usted. Es el señor que da por la cadena de emisoras Cardigan las conferencias sobré el arte de vivir largo tiempo sin achaques.

—Exacto. Un día de ayuno por semana, naturismo, leche con miel por bebida, andar lo más posible descalzo, porque la tierra emana un fluido vital, dormir en plancha de madera, bañarse en barro, regarse el cerebro, poniéndose cabeza abajo al despertar y al acostarse. No habría calvos si esto se generalizase. Vea mi cabellera… ¡Ah, gracias, Fianmetta!

La hija menor del dueño dejó un plato ante el anciano Burlington.

—Zanahorias ralladas. Lo mejor para la vitalidad. Bien, joven, ahora recuerdo que no vine a hablarle de mi método para vivir ciento veinte años, como mínimo, sino para decirle que el señor Cardigan, que me emplea como consejero técnico en ciertos aspectos, tiene mucho interés en hacerle una magnífica proposición, y como esta noche está muy ocupado, ha delegado en mí hablarle de ello. Le dije que le conocía de vista, del restaurante, y que me parecía usted un joven serio, bien educado, que inspiraba mucha confianza.

—Gracias —replicó Vespa, atacando su plato de arroz.

—El arroz sin condimento no es mal manjar, aunque poco vitamínico. Hágame caso: riéguelo con jugo de limón y nueces trituradas, y conocerá uno de los mejores procedimientos para fortalecer el arroz. El señor Cardigan, como usted ya sabrá, es presidente del «Atlantic» y tiene interés en que su equipo gane el campeonato que se iniciará el próximo domingo. No cabe duda que desde lo de Río de Janeiro, el fútbol se ha puesto de moda por esta tierra. Yo, personalmente, encuentro estúpido que veintidós mozallones, ya talluditos, vayan corriendo en calzoncillos tras una sola pelota. Que les den una a cada uno de ellos, que no están tan

caros los balones, como para pegarse puntapiés disputándose uno.

—Es un arte, si comparamos los dos equipos a dos buenos relojes, cuyas piezas en engarce conjunto…

—Los pies sirven para andar. Yo, personalmente, detesto el fútbol, y califico de idiotas a las masas que se ponen roncas gritando cuando un tipo con el pie o la cabeza inserta un balón en la red.

—Es preferible que las masas idiotas, entre los que yo me cuento, se entusiasmen por un gol, o que se peleen discutiendo de política. Además, en el Estadio se respira aire libre y puro, cosa que usted, máximo higienista, debería tener muy en cuenta.

—Los deportes han de ser individuales, es decir, el ejercicio muscular, metódico, equilibrado, del individuo.

—Nada hay más espectacular e individual que la carrera del extremo lanzado por la línea, sorteando defensas, pasando…

—El señor Cardigan le ofrece a usted cien dólares cada domingo, Jim Vespa.

—¿Eh? —murmuró atónito el joven, deteniendo el movimiento del tenedor hacia su boca.

—Sí, le ofrece cien dólares para ver jugar al fútbol.

—¡Pero si yo pago uno para ver cada partido!

—Los jugadores del equipo «Atlantic», me consideran un viejo chiflado, un demente, y no quisiera tuviera usted esta impresión. Me califican de viejo mochales, porque sugerí al entrenador, que en los descansos, en vez de darles un sorbo de coñac, que es un latigazo falso, les diera té caliente, que refresca y tonifica.

—Oiga, señor Burlington, ¿qué era eso de los cien dólares por cada domingo para ver fútbol? —preguntó ansioso Jim Vespa, que como probador cobraba ciento treinta semanales.

—El asunto está claro. El equipo deberá efectuar traslados. El señor Cardigan ha comprado un autocar para que en él hagan sus desplazamientos los futbolistas, entrenador y masajista. Un autocar magnifico, que puede hacer las ciento diez millas sin esfuerzo. Pero el señor Cardigan quiere que el coche lo conduzca alguien de buenos reflejos, y se ha fijado en usted, porque le vio un día por la carretera de Trenton, conducir un tipo carreras, y sortear varios obstáculos imprevistos, con una pericia extraordinaria. Usted está libre desde el sábado a las doce hasta el lunes a las nueve de la

mañana. No es preciso más tiempo para ocupar el volante del autocar. Me he enterado que usted no bebe ni fuma, y con calor apoyé la elección del señor Cardigan. ¿Acepta?

—¡Cómo no! Así podré a la vez seguir los partidos de mi equipo favorito, y cuatrocientos al mes vienen estupendamente.

—Bien —y Bartu Burlington arrugó la nariz, mirando el plato que acababa de dejar Marietta ante Vespa—. ¿Carne? Oiga, joven, usted me es muy simpático, y quiero decirle una cosa: no sea usted sanguinario y cobarde cómplice en crímenes horrorosos.

—¿Eh?

—Meten en la cárcel a los asesinos, y sin embargo dejan libres a esta repulsiva secta de los gastrónomos.

—Los gastrónomos son señores que tienen buen paladar y cuidan de su estómago.

—¡Error, error, mi joven amigo! Son cómplices, mejor dicho, autores morales, inductores de los peores crímenes. Yo puedo perdonar a un asesino, porque al fin y al cabo ataca a otro ser humano que puede defenderse. Pero llevaría a la horca a los que piden langosta, conejo, pollo, ternera…

Rió Jim Vespa, porque la tentadora oferta de ver fútbol gratis, y percibir además cien dólares por partido, le hacía ver la noche color de rosa.

—Me crispa los nervios, oír a un grueso sujeto pedir que le sirvan langosta. Es condenar a un crustáceo inocente a la muerte más horrible, sumergido vivo en una cacerola, y quemándose lentamente. ¿Y el pobre conejito? Un animal tan simpático, al cual para servirlo blanco de carnes, hay que vaciarle un ojo, para que se desangre, estremeciéndose aún vivo, después de recibir un traidor puñetazo en la nuca. ¿Y el pobre gallo…?

—El gallo es un animal estúpido, de ojos coléricos; y de necia majestuosidad. ¿Debo firmar algún contrato, señor Burlington?

—Éste. Una de las cláusulas dice que no puede usted trasnochar el sábado, y que el autocar ha de ser revisado por usted, dos horas antes de emprender el viaje. La cláusula sexta dice que en caso de accidente por su culpa, y si sufre lesión algún jugador, incurrirá usted en responsabilidad civil y criminal, pagando indemnización.

—Espero no habrá cláusula que me impida ver el partido.

—No. Es usted libre de embrutecerse durante hora y media.

Asistirá a los partidos sentado en el banquillo del entrenador, para auxiliar al masajista si hay que retirar del campo a algún jugador lesionado. Y como son ya las nueve, me retiro, porque me acuesto a las diez y me levanto a las cinco. Dos horas de marcha respirando el aire puro preparan el cuerpo y el ánimo al diario trabajo. Sus cabellos, son espesos y de buena clase, joven, pero si no quiere perderlos siga mi consejo. Acuda al mejor tónico capilar si quiere guardarlos.

—Ya sé. El método infalible para conservar los cabellos es, a medida que se caen, irlos metiendo en una cajita.

—¡Es estirárselos así! —Y el viejo se mesó los cabellos dándoles tirones. Estaba en pie, y producía gracia verle tirarse de los cabellos mientras decía—: Produce la dureza de las glándulas capilares. El señor Cardigan, al conocerme, perdía muchos cabellos. Posee ahora una magnífica cabellera desde que se la estira todas las noches al acostarse, y por las mañanas al levantarse. No he podido aún conseguir que duerma en una plancha y se despierte a las cinco, pero no desespero de lograrlo. Buenas noches, mi joven amigo.

El anciano se marchó andando con paso ágil, tendinosos los músculos de sus brazos desnudos, y sueltas las rodillas.

—Está como una cabra —dijo Guido, el dueño, acercándose—. Si le hiciéramos caso, tendríamos que ir a pastar por las praderas.

—Y sería la ruina de los restaurantes —dijo alegremente Vespa.

—Estás muy contento, Jim.

Explicó el joven la propuesta de Cardigan, y para celebrarlo, Guido invitó a espumoso Chianti.

Las tres hijas de Guido suspiraron disimuladamente cuando Jim Vespa se marchó.

Tres domingos seguidos conduciendo el autocar, Jim disfrutó de lo lindo jaleando al «Atlantic». Pero la cuarta jornada futbolística fue aquélla en que la tragedia asomó su feo rostro en la vida de Jim Vespa y en la de los componentes del equipo.

CAPÍTULO II

La belleza de Bárbara Lombard era estática, majestuosa. Era la mujer imperiosa, sabedora de que es «imponente», como se oía decir a su paso por calles y playas de Atlantic City.

Morena, de grandes ojos, labios sexuales, y sedosos cabellos de un intenso negro que llevaba desparramados sobre los hombros, Bárbara adoraba el lujo, y aparentemente podía sufragarse sus gastos posando para portadas de revista, anuncios y pintores.

Se fue a pasar unas vacaciones en Atlantic City, procedente de Chicago, y se quedó en la ciudad playera, donde rechazaba sistemáticamente las ofertas de matrimonio que se le hacían.

Jamás se la veía acompañada por un hombre. Por eso mismo, Tim O'Connor, el delantero centro del «Atlantic», empezó a recibir felicitaciones cuando, a raíz del segundo partido del campeonato, fue visto en la playa durante tres mañanas consecutivas al lado de la escultural Bárbara Lombard.

Nadie sabía que había sido la misma Bárbara Lombard quien hizo lo posible para dar a entender a Tim O'Connor que sus ojeadas admirativas podían continuar, y hasta que podía dirigirle la palabra cuando ella se tendió sobre su capa de baño escarlata que realzaba la blancura de su cuerpo, resguardado del sol por ancha sombrilla.

Y nadie sabía tampoco que si Bárbara Lombard aceptó el galanteo del delantero centro del Atlantic fue por orden de Sterling Zarco.

Sterling Zarco, atlético y brutal, había adquirido cierta fama en

Chicago, donde sin podérselo demostrar, el
F. B. I.
tenía la convicción de que capitaneaba una banda de *gangsters* dedicados al atraco de casas de juego.

Enamorado de Bárbara Lombard, que entonces era maniquí, Zarco fue quien, con motivo de un arriesgado plan de atracos, decidió que ella fuese a tomar unas vacaciones en Atlantic City.

Tuvo Zarco que salir de Chicago, yéndose al Canadá, y cuando estuvo seguro de que no podía demostrarse nada en contra suyo, regresó. Había enviado dinero a Bárbara Lombard.

Comprobó que en Chicago había un ambiente de temor entre la gente del hampa, porque el
F. B. I.
estaba actuando con mano dura reprimiendo todo intento de criminalidad.

Y el dinero empezaba a escasear en la caja fuerte de Sterling Zarco, quien sabía que Bárbara Lombard, si no recibía su «pensión» le abandonaría poniendo tierra y mar entre ambos para evitar la violencia vengativa del jefe *gángster*.

Por más que Zarco se devanaba los sesos buscando algún negocio productivo, no hallaba una solución satisfactoria. Los cuatro pistoleros que le seguían adictos huirían sin duda si les proponía cualquier plan en Chicago, donde el
F. B. I.
reinaba barriendo la criminalidad.

Y fue entonces cuando un misterioso visitante apareció ante Zarco, como un enviado de la Providencia, que para el *gángster* era la donante de medios para ganar dinero abundante sin trabajar, puesto que sostener una pistola no resultaba una labor muy pesada.

Fue por una noche calurosa cuando el teléfono interior del piso de Sterling Zarco le transmitió un extraño mensaje.

Una voz desconocida, de alguien que estaba muy ronco o hablaba cubriéndose la boca con un pañuelo, le dijo:

—Quiero proponerle un negocio espléndido, y casi sin riesgos, Zarco. Pero me es necesario conservar secreta mi identidad. Si intenta usted descubrir quién soy, fracasará cuanto se emprenda.

—A mí no me importan las identidades, sino las ganancias. Pase a verme, puesto que conoce mi dirección.

—Debemos estar a solas y en un lugar tranquilo.

—No nací ayer, amigo. Por lo visto me cree usted un cándido. Tengo malos enemigos. Iría a solas y me acribillarían. Lo toma o lo deja. Viene aquí o no hay nada de lo dicho.

—Es una lástima que usted por temor a venganzas o trampas policiales, y yo por no poder revelar mi identidad pierda la ocasión de ganar cinco mil semanales para usted y otros cinco mil para sus cuatro ayudantes. Bien; adiós, Zarco…

—¡Un momento, un momento! Yo no tengo miedo. Iré donde me diga, y nada de lo que hablemos será oído por mis cuatro compañeros, que sólo estarán a la vista por si usted fuera un tramposo. ¿Vale?

—Elija usted lugar y hora.

—Mejor así. Vaya a las once en punto al cruce de las carreteras de Detroit y el lago. Hay allá una caseta que me pertenece, y que en otro tiempo fue bar y garaje. Espéreme allá.

—De acuerdo.

Sterling Zarco esperó un instante, pero su desconocido comunicante había colgado el auricular. Miró de nuevo Zarco su reloj. Eran las diez y media. Pasó a la espaciosa habitación; en cada esquina había una cama, y en el centro la mesa, ante la que cuatro hombres estaban sentados. Uno leía una revista humorística, otro iba extendiendo naipes para un solitario, un tercero escuchaba la radio, y el último se cortaba la uñas.

Los cuatro estaban en mangas de camisa, y llevaban tirantes, que en el lado izquierdo sostenían una funda pistolera.

Al entrar Zarco abandonaron sus entretenimientos, y uno de ellos cerró el aparato de radio.

—Vamos a ir a la caseta, donde he quedado citado para las once con un tipo. No sé quién es, y puede haber jaleo. Si no hay trampa, se trata de un negocio donde, según me ha dicho el tipo ese, podéis ganar sin riesgo alguno quinientos dólares por semana. No vendrán mal mientras esperamos el momento de otro golpe mejor.

Los cuatro se levantaron para ponerse las americanas. Uno de ellos dijo:

—Pueden ser los de la Policía que pretenden cogernos con armas encima.

—Ya pensé en ello; pero el

F. B. I.
no se contentaría con los dos años que nos tocarían por eso. Ellos son más ambiciosos. Vosotros dos cogeréis el aéreo, y tú el *ferry*. Tú vendrás conmigo. Avanzaréis hacia la caseta procurando que desde dentro no se os vea. Esperaréis a veinte metros. Éste y yo entraremos, y si oís jaleo, salís. Si no pasa nada cuando éste y yo entremos, vigilad la posible llegada de algún
F. B. I.
Silba tú después de echar las pistolas al lago, que éste y yo haremos lo mismo. Si nos preguntan, estábamos allá para ver de aprovechar de nuevo la caseta como garaje-bar. Andando.

El paraje elegido por Zarco en la ribera del lago, por donde la carretera de Detroit trazaba un amplio viraje, era un lugar desértico, frecuentado solamente por los aficionados al deporte de la caza del pato salvaje, que abundaba, en aquellos terrenos pantanosos.

Sterling Zarco, seguido por un pistolero, se encaminó hacia la descuidada caseta de su propiedad, por cuyas ventanas sin cristales habíanse introducido en días de lluvia y viento muchos cazadores de patos.

Cuando en la negrura de la noche, Zarco y su guardaespaldas se acercaban a la caseta, en su interior se veía resplandecer la tenue luz de un quinqué que alguien había alumbrado en el amplio vestíbulo que antes fuera la sala del bar.

Sterling Zarco, con la mano oculta en la solapa izquierda, como imitando el gesto característico de Napoleón, ordenó en voz baja a su acompañante:

—Acércate a la ventana y mira quién hay dentro.

Él caminó más lentamente, pero sin dirigirse hacia la puerta, sino hacia la ventana, en la que su guardaespaldas oteaba el interior asomando apenas la frente por el marco del ventanal sin cristales.

—Un tipo con la cara cubierta, Zarco —anunció.

—Enfoca la herramienta tras el bar. Puede haber alguien escondido.

Sterling, Zarco se aproximó a la puerta, diciendo sin aparecer:

—Buenas noches quien sea. ¿Tiene la bondad de venir a recibirme? Entraremos juntos.

Hacia la puerta se oyó el resonar de una pisada. Apareció un

hombre enteramente vestido de negro, con guantes y abrigo, cubierta la cabeza con una tela de aquel color que le cubría el rostro sin dejar entrever ni siquiera la garganta.

A la altura de los ojos, dos rendijas de medio milímetro de anchura.

La voz era apagada, y sólo la tela se movía al decir:

—Toda precaución es comprensible Zarco. Estoy solo. Puede comprobarlo.

—Usted primero.

Sterling Zarco entró tras el desconocido enmascarado, añadiendo:

—Dé la vuelta a la sala y vaya abriendo las puertas.

Sterling Zarco iba avanzando parapetándose tras el individuo vestido de negro.

Al final señaló una mesa polvorienta y dos sillas.

—Bien. Podemos sentarnos. Por ahora, aparte su máscara, todo parece bastante claro. ¡Eh, Bully! —interpeló al de la ventana—. Vete a la carretera.

Se oyeron los pasos de su guardaespaldas alejándose, y Sterling Zarco se sentó, adosado a la pared, mientras ofrecía una silla frente a él al desconocido.

—Al asunto, amigo —invitó secamente.

—Cualquier negocio nuevo tiene mayores probabilidades de éxito si se empieza a base de ciertas garantías.

—Usted lo ha dicho, hermano. ¿Qué más?

—Cuando le explique en qué se basa el negocio, usted pensará que es sencillo, y que no necesita de mí. No es para ofenderle, Zarco, pero como el beneficio mayor he de obtenerlo yo por haber tenido la idea básica, podría usted caer en la tentación de realizarla con sus cuatro hombres prescindiendo de mí.

—Habla usted en plata, amigo. Le escucho con mucho interés.

—Podemos decir que mi idea es como una patente. Hay invenciones que al ser conocidas nos causan extrañeza porque pensamos que de tan sencillas se nos podían haber ocurrido antes a nosotros. Pero no ha sido así. Es justo, pues, que el autor del invento perciba más beneficios que aquellos que le ayudan a explotar su iniciativa.

—Muy justo.

—Para, evitarle la tentación de querer prescindir de mí, una vez le haya explicado el plan, debo advertirle que en mi caja privada del Banco hay una carta lacrada que sería abierta en caso de que yo muriera accidentalmente. En esta carta explico mi idea y su posible desarrollo, y especifico que, por razones que ahora usted también sabrá, he decidido en esta noche acudir a Chicago para ofrecerle mi idea y solicitar su ayuda y la de sus cuatro pistoleros.

—Una prudencia natural. Tratándose negocios y asociados, no me ofende se tomen las precauciones necesarias. Pero yo estoy dando la cara, y en cambio usted la cubre.

—Debo permanecer desconocido. Es una primera cláusula insoslayable para emprender el negocio.

—Vamos a ello. ¿De qué se trata?

—Fútbol.

—¿Fútbol?

—En Chicago sigue imperando el *rugby* y la pelota base, pero en los cuatro Estados del Mid-Atlantic, Nueva York, Pennsylvania, Delaware y Nueva Jersey el fútbol ha cogido un auge repentino, a raíz del campeonato de Río Janeiro.

—Ya he leído algo sobre eso. ¿Y qué con el fútbol?

—Diez equipos están jugando un campeonato a doble vuelta en los cuatro Estados.

—¿A doble vuelta?

—Significa que cada equipo debe jugar dos veces con cada uno de los restantes. Uno en su ciudad local, y el otro en la del contrario. Supone, pues, una serie de partidos, y el vencedor del campeonato será considerado representante del Mid-Atlantic en el futuro campeonato de todos los grupos de Estados.

—Bueno. ¿Qué más?

—Uno de los equipos, el de Atlantic City, es el favorito para el campeonato. Lleva jugados tres partidos, y habiéndolos ganado, se halla en la cabeza de la puntuación con tres de ventaja sobre su más inmediato seguidor, el Princeton, con el cual juega el próximo domingo.

—Hoy es martes. Bien; no comprendo ni una palabra. ¿De dónde voy yo a sacar los diez mil semanales?

—Cinco mil usted y cinco mil sus hombres.

—Ocho mil yo, dos mil ellos. Siga.

—En su último partido con el Albany, el Atlantic Club, que ganó por cuatro a uno, salió favorito en las apuestas…

—¡Ah, vamos…, apuestas! ¿De qué clase?

—Libres, sin intervención federal, que se limita a percibir el impuesto. Las apuestas son llevadas en forma muy sencilla. En cada ciudad de los diez equipos, hay un local, casi en todas, un bar deportivo, donde en una pizarra figuran los equipos. Cualquier ciudadano puede aproximarse al apostador, que escribe allí la cotización a que se intercambian las apuestas. Por ejemplo, el domingo, o sea ayer, en su partido con el «Albany», el «Atlantic» salía en plan de ganador a doce por uno. ¿Comprende?

—Perfectamente. Si yo hubiese puesto un dólar a favor del «Albany», y este equipo ganaba, me pagaban doce, Pero ya dice usted que ganó el «Atlantic».

—El domingo próximo, el «Atlantic» juega contra el «Princeton», el equipo universitario de Nueva Jersey. Son novatos, y se espera una goleada fuerte a favor del «Atlantic». Seguramente las apuestas a favor del «Princeton» serán de quince a uno.

—Entonces, cargando un paquete a favor del «Atlantic», seguro ganador, llegará un momento en que por cada dólar se ganará medio centavo. No entiendo dónde está el negocio.

—Apostando por el «Princeton».

—¡Acaba usted de decir que ha de perder!

—Le instruiré técnicamente sobre el equipo del Atlantic. Sus dos puntales son el portero y el delantero centro. Éste, llamado Tim O'Connor, es el chutador del equipo, y por ello, siguiendo las instrucciones del entrenador, todos los demás componentes trabajan para servirle pases a Tim O'Connor.

Los astutos ojos de Sterling Zarco brillaron repentinamente en la pausa que hizo el enmascarado.

—Ya. Meterle mano a Tim O'Connor y sobornarle, anunciándole que si mete goles y gana su equipo, lo liquido. Se puede chivar.

—Este asunto es de su plena incumbencia, Zarco. Usted y sus

hombres han de convencer a O'Connor y a Lito, el portero del «Atlantic». A aquél para que falle los goles; a éste para que se los deje colar por su portería.

—No está mal. Se puede probar. Además, en Atlantic City tengo yo a mi novia.

—Lo sé, Zarco, y por esto vine aquí. Cuando llegó la señorita Lombard, era natural que su belleza me llamase la atención. Indagué hasta averiguar que ella era su novia. Tim O'Connor, el delantero centro, es muy sensible a los encantos femeninos, y la señorita Lombard los posee en abundancia.

—Bien. Paso ahora a las pegas que pueden presentarse.

—Empiece.

—Tim O'Connor o el portero se chivan.

—Sus cuatro hombres sabrán vigilarles hasta el momento de saltar al campo, y deben ellos quedar convencidos que morirán si no cumplen como de ellos se espera. A la vez, se les asegurará a cada uno cinco mil dólares si termina el partido con la derrota del «Atlantic».

—Diez mil para ellos, diez mil para mí, y usted seguramente se meterá en el bolsillo un centenar de miles.

—Es posible, pero la idea es mía. Una advertencia, Zarco. Para evitar la tentación de que usted y sus hombres jueguen por su cuenta, lo cual recargando el volumen de apuestas podría despertar sospechas, he establecido un límite. En el partido «Atlantic»-«Princeton», no puede sobrepasarse la cifra de diez mil en la apuesta a favor del «Princeton», lo cual, a la cotización, producirá un beneficio de ciento cincuenta mil.

—Es mucho para usted y muy poco para mí. Si hay que cargarse a Tim O'Connor o al portero, no trabajo por ocho mil.

—Es casi seguro que su intervención se limitará a asustar a los dos jugadores, y no habrá necesidad de matar a ninguno. Además, no se podrá jugar cada domingo en contra del «Atlantic». Este

equipo debe ir en cabeza y llegar a la final como posible campeón, porque entonces las apuestas serán enormes, ya que se apunta como el más fuerte equipo al de Nueva York, y ya sabe usted lo que representará en volumen de apuestas un partido que decida el título entre el «Atlantic» y el «New-York» jugado en esta capital. Y, sin embargo, pese a no apostarse cada domingo, percibirá usted los ocho mil para usted sin tener que trabajar.

—Bien. Veo que lleva bien estudiado el asunto. Pongamos quince mil para mí, y cinco mil para mis chicos, y asunto concluido.

—Doce para usted y tres para sus hombres.

—De acuerdo. Ahora bien, en el partido final, si todo va como usted ha supuesto, que es técnico, pido el cincuenta por cien del total de lo jugado. No me lo discuta. Yo comprendo muy bien que si apuesto por mi cuenta, estropeo la combinación.

—De acuerdo, Zarco.

—¿Dónde nos vemos la próxima vez?

—En Atlantic City, donde usted la noche del sábado alquilará una canoa y me recogerá en la punta del cabo llamado Capé May. Las apuestas han de verificarse del siguiente modo: el sábado por la tarde, en Atlantic City, cada uno de sus hombres apostará mil dólares, ni uno más, usted o su novia la misma cantidad. El domingo por la mañana en Princeton, otros tantos.

—Entendido. Pero como podrían reconocer a los míos, daré un par de billetes a unos cuantos muchachos, que son ya gente honrada. Así borraré posibles pistas, por si cae acribillado Tim O'Connor o el portero. ¿Cómo se llama éste?

—Lito. Es argentino.

—Mañana comunicaré con Bárbara para que se ponga a la caza de Tim O'Connor. Y ya arreglaré yo la entrevista con los dos jugadores a la vez; es el mejor sistema. Deme usted los diez mil para los dos, y los quince mil para mí y los chicos, más los diez mil de las apuestas. ¿O desconfía?

—Los beneficios para la noche del domingo, que es cuando se

percibirá la ganancia. Aquí tiene los diez mil para las apuestas. Son billetes sin marcar y de diferente numeración.

—Pensó en todo, amigo. Bien, voy a exponer un posible caso. El delantero no mete ningún gol, pero los otros novatos tampoco. ¿Qué pasa?

—La cantidad se apuesta a ganar o empatar el «Princeton», porque es un partido demasiado claro para el «Atlantic».

—La gente sospechará enseguida.

—No, porque un jugador puede tener una mala tarde.

—Tim O'Connor puede lesionarse o hacerse cambiar…

—Indíquele que en ambos casos lo pasará mal. Si se lesiona, no puede ser substituido, y es el puntal del equipo.

—Creo que todo está claro, menos una cosa.

—¿Cuál?

—Usted. No sé quién es.

—Soy el que le dará quince mil todos los domingos por la noche, y en el partido final, una cantidad que puede calcularse alrededor de los cien mil.

—Así se habla.

—Emprender este asunto por su cuenta, no puede resultarle…

—Ya sé, porque está la cartita en su caja del Banco.

—Jugar por su cuenta…

—Supondría matar la gallina de los huevos de oro. Váyase tranquilo. Su negocio está bien planeado, y me parece que voy a ser un repentino entusiasta del fútbol.

—Consideraré el negocio terminado si pretende averiguar quién soy.

—Yo me largo con mis hombres, y puede salir de aquí tranquilo. Sólo me interesan los quince mil cada domingo. Le recogeré el sábado por la noche con una canoa en Cape May. ¿A qué hora?

—A las once. Buenas noches, Zarco.

—Buenas noches.

Cinco minutos después el enmascarado abandonaba la caseta, y andando con precauciones se dirigió al sur a través del bosque pantanoso.

Pero Sterling Zarco había cumplido, y el desconocido llegó sin

incidentes a la estación, donde tomó billete para Atlantic City.

CAPÍTULO III

En la playa, Tim
O'Connor
esperaba la llegada de Bárbara Lombard, con la cual estaba citado. Eran las cinco de la tarde del viernes.

Tim tenía mal carácter. Primero, descargador de los muelles, y después «salvavidas» en la playa de Atlantic City, era hombre de buena musculatura, pero de muy mi genio.

Por su temperamento huraño y provocador era antipático; sus propios compañeros de equipo lo consideraban insoportable, debido a los humos que se daba desde que fue elegido como delantero centro titular.

Al oír crujir la arena, se incorporó; pero no era Bárbara Lombard quien llegaba, sino Jim Vespa.

—Hola, Tim.

El antiguo descargador del muelle limitóse a gruñir, volviendo a tenderse, esta vez de bruces sobre la arena.

Más qué ver, oyó como Jim Vespa se sentaba cerca, y dijo:

—Tú, chófer, hay cinco millas de playa, y toneladas de arena. Vete a otro sitio.

—La playa es de todos, Tim. No me he enterado que la hayas alquilado para ti solo.

—Estoy esperando a una chica, con que aquí sobras.

—De la chica quiero hablarte. Es bonita, demasiado bonita, Tim, y no es de las que convienen.

—Cuando necesite tus consejos te enviaré a buscar.

—No son consejos, sino comentarios. Tú eres, ante todo, un deportista; te debes al público y a quien te paga para mantenerte en forma. El ir por las noches a bailotear con esta vampiresa…

—Vete a zambullirte, chófer.

—El entrenador, no quiere enfadarse contigo, pero yo amistosamente, en plan de compañero…

—¿Compañero de qué, gandul?

—Hombre, si nos pusiéramos a discutir quién es más gandul, si un mecánico o un futbolista, no creo que saliera yo peor que tú. Lo que quiero decirte, Tim, es que esta vampiresa no es trigo limpio; no es la mujer que te conviene.

—Me coges de buen humor, pues, de lo contrario, hace ya rato que te hubiese cogido por los fondillos del pantalón y con toda tu ropa te habría dado un baño.

—Ayer oí como el entrenador tenía dificultades para convencer a uno de tus compañeros, porque éste decía que si tú podías salir de juerga por las noches, no veía por qué él no podía hacer lo mismo. Te has puesto en estrella, y para seguir siéndolo no te conviene trasnochar, Tim.

—Empiezas a ponerte pesado, chófer. Tú, a tus grasas y a tus volantes, que ya soy mayor de edad.

—Es por tu bien.

—Por el tuyo, lárgate antes de que te rompa la boca.

—No seas tonto, Tim, que nada adelantaremos si me amenazas. No me gusta.

—No, ¿eh? —Y Tim
O’Connor
se puso en pie.

Hinchó los pectorales, cerró los puños avanzando, un paso.

—Apestas a gasolina y vas a ir ahora mismo a bañarte pero lejos de aquí. Contaré hasta cinco, y si no te has largado al terminarla cuenta te voy a dar la gran paliza.

—De cinco sobran seis, Tim —replicó sonriente Jim Vespa—. Me voy, pero porque me da la gana, no porque me asustes. Yo vine sencillamente a darte un consejo de amigo, sabedor de que siempre es molesto meterse a redentor.

—¿No te asusto, eh, gallito? Ven acá, y pídeme perdón, mequetrefe.

—¿Por qué, grandullón?

Tim
O’Connor

dio un salto hacia adelante y su mano derecha abierta pretendió asir por las solapas de su blanco traje a Jim Vespa.

Éste propinó un golpe seco con su mano a la del futbolista.

—En paz, Tim. Yo no quiero peleas contigo.

Tim
O’Connor
largó ahora su izquierda en rápido y fuerte directo hacia la nariz de Jim Vespa, el cual, haciéndose a un costado, propinó un puñetazo en el pecho a
O’Connor
.

Sorprendido, el futbolista gruñó, retrocediendo.

Y de pronto, abalanzóse volteando los puños, y alcanzando con el izquierdo en el costado a Jim Vespa, que se ladeó, con una exclamación de dolor, a la vez que su puño derecho chocaba contra la barbilla de
O’Connor
.

Éste empezó a golpear los flancos de Vespa, el cual, ya furioso, tuvo la suerte de colocar un potente derechazo en pleno ojo izquierdo del futbolista.

El golpe fue tan recio que el atlético
O’Connor
retrocedió medio aturdido llevándose la mano a la parte dolorida.

Iba de nuevo a abalanzarse contra el que, ya encendida la sangre, le esperaba con los puños cerrados, cuando Bárbara Lombard se interpuso y exclamó:

—¿Qué sucede aquí, Tim?

—¡Este condenado chófer!… ¡Le voy a matar a puñetazos!

—Anda, guapote, venga… ¡Maldita sea, ya me has calentado la sangre! —exclamó irritado Jim Vespa.

—Por favor, Tim —dijo ella, enlazando por un brazo a
O’Connor
, que, ya recuperado del aturdimiento, pretendía de nuevo abalanzarse hacia Jim Vespa—. Hazlo por mí; no llames la atención, Tim.

—¡Este granuja que vino a hablarme mal de ti!…

—¿Sí? —dijo ella, mirando ahora con curiosidad a Vespa.

—Me limité a decirle que un deportista profesional está obligado a cumplir, y no debe trasnochar… ni sentirse conquistador con quien, como usted, señora, está muy por encima de nosotros. Y entiendo por encima de nosotros en el sentido de que no es usted la novia, apropiada para un futbolista.

—¿También usted es futbolista? —inquirió ella.

—¡Es un vulgar chófer! Suéltame, Bárbara, que le voy a hacer papilla.

—Menos —masculló Jim Vespa—. Suéltelo señora, que le voy a poner el otro ojo a la funerala para que los dos hagan juego.

Acudió un policía reposadamente cuando Tim O'Connor, desembarazándose del brazo de Bárbara Lombard, se disponía a embestir.

—Buenas tardes, señora y caballeros. Primero creí que era una sesión de ejercicio playero, pero me parece que debo intervenir. Les conozco a los dos, y no me gustaría tener que llevarlos a la comisaría. ¿Qué ha pasado, O'Connor?

—Este granuja…, que vino aquí a provocarme.

—Yo no le provoqué, que me limité a aconsejarle que se portase como un deportista profesional. El muy imbécil quiso comérseme crudo, y yo no soy ningún rábano.

—Este ojo se le está hinchando, O'Connor —dijo el policía—. Será mejor que vaya a la piscina y que le den algo para detener la hinchazón, o de lo contrario el domingo en Princeton tendrá usted un aspecto feroz. Hágame caso, O'Connor.

—Sí, querido; hazle caso al señor agente —dijo Bárbara Lombard.

Tim O'Connor se alejó hacia el edificio de la piscina. El policía, llevándose la mano a la visera, dijo:

—Usted, señora, convenza a este galán que deje en paz a

O’Connor. Y tú, Jim Vespa, a conformarte. La señora es la primera en lamentar que te hayas peleado por ella, pues supongo que será así. Adiós.

Marchóse el policía, y Jim Vespa masculló:

—Eso me faltaba. Este buen hombre se va ahora convencido de que me han molido las costillas… porque estoy loco por usted.

Bárbara Lombard replicó, sonriendo:

—No es para avergonzarse, Jim Vespa.

—Escuche, hermosa. Usted me gusta horrores, pero tengo la suficiente sesera para comprender que es usted de una categoría de la cual debo apartarme, suponiendo que yo tuviera la menor posibilidad de interesarle.

—Me parece que va a decirme algo grosero, Jim Vespa.

—Podré ser un mecánico, señora, pero no soy un mal educado.

—No soy señora, sino señorita.

—Ya; pero al verla lo primero que se le ocurre a uno es exclamar: «¡Señora!».

Y el tono admirativo en que lanzó su exclamación Jim Vespa hizo reír a Bárbara Lombard, quien comentó:

—Es usted simpático.

—Lo celebro. Y si le soy simpático, ¿por qué no aconseja usted a Tim que se acueste a las diez, que no beba, y que se busque otra novia más tranquila, menos peligrosa?

—No soy peligrosa.

—Tim está enamorado de usted, y usted no pensará casarse con él, ¿verdad?

—Me está usted resultando un ingenuo, Jim.

—Mejor que sea así, a que me califique de grosero.

—Puedo haberme enamorado de O’Connor.

—Si así fuera, usted no le llevaría a rastras por las noches a bailotear, y beber. Adiós; me voy porque vuelve Tim y no quiero que el domingo el equipo se quede sin delantero centro o sin chófer.

—Hasta la vista, Jim. Si me canso de O’Connor, tal vez me interese conversar con usted.

—Vivo muy tranquilo hasta ahora, hermosa. Adiós.

Rezongando, con un vendaje que sobre el ojo amoratado sostenía un trozo de carne cruda y sangrienta, el remedio ideal para absorber la hematoma, Tim
O'Connor
gruñó:

—A éste le voy a romper la cara.

—No lo harás, Tim. No quiero que me pongas en evidencia. Podría enterarse mi marido.

—¿Tu marido? ¡Demonios! ¿No me dijiste que no tenías compromiso?

—Es que me gustabas tanto… A propósito: mi marido llega esta noche. He pensado que como puede saber que en estos últimos días he estado saliendo contigo, convendría desvanecer sus sospechas. Ven con un amigo tuyo a cenar al piso. Invita a Lito, el guardameta.

—¿Por qué precisamente Lito?

—Porque te lo pido yo.

—Bueno. ¿Y para qué vamos a cenar a tu piso?

—Os presentaré a mi marido, y le diré que los dos habéis sido tan amables que no me he aburrido durante su ausencia. Dos, ¿comprendes? No inspiran sospechas.

—¿Qué clase de tipo es tu marido?

—Por tu estilo, Tim. No tengo ganas de bañarme. Vamos a pasear por las afueras. Y deja en paz a Jim Vespa; es un infeliz que está celoso de ti. Despréci alo.

* * *

Jim Vespa abandonó el ascensor en el piso quince, donde estaban las oficinas centrales de la cadena de emisoras de Henry Cardigan.

Se rumoreaba que éste, que era presidente del «Atlantic Club», perdía bastante dinero con sus emisoras, cuyas instalaciones y numeroso personal habíanle costado toda su fortuna.

Los beneficios no eran los esperados, dada la competencia desfavorable que le estaba haciendo una cadena emisora rival.

Personalmente, Jim Vespa no conocía al que le daba cien dólares cada domingo por mediación de Bart Burlington. Le había visto en

su palco presidencial del Estadio de Atlantic City y en la tribuna de los campos de las dos últimas ciudades donde había ido a jugar el equipo.

Empujó la puerta rotulada con el nombre de Cardigan, y se halló en un elegante recibidor, en cuyo fondo había una especie de mostrador y varias mesas en las que tecleaban distintas mecanógrafas.

Se aproximó al mostrador en el lugar donde había un cartel en el que se leía: «Secretaria particular».

Una joven, de cabello castaño, ojos azules y boca firme, alzó la vista. Era agradable de ver, pensó Jim Vespa, pese a la blanca blusa con corbatín azul a lunares, que le daba un aire oficinesco.

—Buenas tardes, señor. ¿Qué desea usted?

—Ver al señor Cardigan, Henry.

—El señor Henry Cardigan está muy ocupado.

—Ya lo suponía.

—¿Está usted citado?

—No.

—Entonces, tome esta ficha e inscriba sus nombres, oficio, pretensiones, y solicite hora de visita.

—No puedo hacerlo.

—¿Por qué? —preguntó la secretaria, con extrañeza.

—No sé escribir.

—Perdone, señor, pero no puedo perder el tiempo oyendo bromas. Todos los ciudadanos de los Estados Unidos saben escribir, porque la enseñanza primaria es obligatoria.

—Es que tengo pocos ratos libres. Además, el señor Cardigan estará muy interesado en oírme.

—No lo dudo, pero yo tengo órdenes y he de cumplirlas.

—Oiga; yo la he visto a usted en los partidos. Sí, eso es. Recuerdo perfectamente sus ojos y el entusiasmo con que aplaudía.

—Usted es Jim Vespa, el conductor del autocar. También le, he visto; pero aquí, en estas oficinas, seguimos unos trámites.

—¡Pero si es el hombre de los nervios de acero! —gritó una voz, a espaldas de Jim Vespa.

Bart Burlington, el octogenario vegetariano, se acercó.

—Deje el asunto en mis manos, Mabel. ¿Qué desea, Jim?

—Ver al señor Cardigan.

—¿Es muy importante?

—Mucho.

—Bien. Vamos allá, y espero que no se enoje Henry Cardigan.

Jim Vespa agradecía al viejo su intervención, pero, a la vez, lo encontraba inoportuno. Hubiese deseado charlar unos instantes más con Mabel, de la que se despidió con una sonrisa, diciéndole:

—Encantado, pero que muy de veras, de haberla conocido.

Del vestíbulo pasaron a otro salón similar, donde sólo había sillas y una mesa llena de revistas. Al fondo, una puerta con el rótulo: «Henry Cardigan».

Tocó en la puerta Bart Burlington, que entró diciendo:

—Aquí está Jim Vespa con algo muy importante, según él.

Tras la mesa-despacho Henry Cardigan alzó la mirada. Era de buena estatura, rostro enérgico, con gafas sin cerco, cuadradas. Tenía la clásica expresión del próspero hombre de negocios.

—Siéntese. Tanto gusto, señor Vespa. ¿Qué se le ofrece?

—Primero, informarle, señor Cardigan, de que le estoy muy agradecido por el empleo que me dio.

—No hay de qué. Es usted un buen conductor.

—Segundo, decirle, antes que lo sepa por otro conducto, que acabo de hincharle un ojo a Tim O’Connor.

—¡Bravo! —Aplaudió el viejo Burlington—. Pero ¿por qué no le hinchó también el otro?

—Un poco de seriedad, Bart, se lo ruego —dijo, severamente, Henry Cardigan—. Tenga la bondad, señor Vespa, de notificarme las razones por las que usted peleó con Tim O’Connor.

Expuso Vespa cuanto había sucedido, menos su conversación a solas con Bárbara Lombard. Henry Cardigan, dijo, secamente, con tiesura:

—Hay en el equipo un entrenador, que es el llamado a corregir las anomalías que puedan presentarse. No puedo agradecerle su intromisión, señor Vespa, ajena a su incumbencia.

—Lo suponía, y discúlpeme si, llevado por mi afición, me metí en lo que no era de mi ramo.

—Estamos ahora en una situación delicada. Tendré que ordenar a Tim O'Connor que olvide esto, y que nadie lo sepa, puesto que no quiero prescindir de sus servicios como conductor, señor Vespa. Le ruego que en lo sucesivo no se entrometa en los asuntos privados del club. Por esta vez le excuso. ¿Tenía algo más que decirme?

—Hace dos años que estoy trabajando en un invento.

—¡Vaya! —exclamó Burlington—. No podía fallar. No he conocido ningún mecánico que no se sienta inventor.

—Lo he registrado en la Oficina de Invenciones, y, a un buen tanto por ciento, estaría dispuesto a ofrecérselo a usted. En este invento he invertido buena parte de mis ahorros, señor Cardigan.

—¿De qué se trata? —preguntó éste, con cierto escepticismo, pues estaba acostumbrado a oír a muchos presuntos inventores que venían a proponerle cosas muy absurdas.

—Un proyector de cine construido expresamente para qué los entrenadores de los equipos de fútbol vean en una pequeña pantalla particular los partidos de equipos rivales y los propios entrenamientos dirigidos por ellos mismos.

—No veo la utilidad, y, además, es carísimo hacer filmar todos los partidos y entrenamientos.

—Es un pequeño proyector relativamente económico, de ocho milímetros, con lo que la materia prima sale a buen precio. Tiene un interruptor de contramarcha que permite al entrenador repetir las jugadas que él estime importantes, cosa que no puede hacerse con los proyectores corrientes, por cuanto no están provistos de este mecanismo para repetición de escenas, cuyo mecanismo es la base de mi invento.

—La idea no parece mala, por lo menos expuesta así; ¿verdad, Bart?

—Este muchacho es un chico serio, Cardigan. No bebe, no fuma y se acuesta a las diez, y yo creo que…

—Continúe, señor Vespa.

—Mi proyector elimina la necesidad de una sala a obscuras y de una gran pantalla. Las películas pueden proyectarse a la luz del día en pleno campo de fútbol. La proyección se hace sobre un sencillo marco de cristal iluminado, a base de unos pequeños prismas de

treinta centímetros, donde la luz pueda graduarse. Es suficiente para que el entrenador aperciba en ella las jugadas de su equipo en partidos celebrados con adversarios, o en partidos de entrenamiento, y pueda corregir los errores cometidos. Los mismos jugadores, viéndose actuar, se corregirían mejor que oyendo al entrenador.

—Me parece buena su idea. ¿Cuánto quiere, por su invento, si compruebo que en la práctica no falla?

—El 50 por 100 de los beneficios. No tengo capital para emprender la fabricación en serie de estos proyectores y pantallas. Lo que sí deseo muy de veras, señor Cardigan, es que todo esto permanezca secreto hasta que no haya usted comprobado que funciona. Podría fallar, y no quiero que se rían de mí. En realidad, sólo ayer pude proyectar la primera imagen y detenerla en el prisma.

—Usted vive en Trenton. ¿Por qué no acudió a un capitalista de allá? El mismo Camden, por ejemplo, el fabricante de coches donde usted trabaja, suele acoger con agrado todas las sugerencias interesantes.

—Preferí acudir a usted, porque como arranque inicial de propaganda lo sería, y con grandes resultados, el adaptarlo a los entrenamientos futbolísticos.

—Bien; formularemos una opción, y le mantendré el secreto.

* * *

El piso donde residía Bárbara Lombard formaba parte del edificio de veinte plantas destinado exclusivamente a albergar, por cortas temporadas, a los que acudían a Atlantic City como visitantes.

En la planta baja funcionaba el restaurante, cuyas terrazas daban al litoral.

Tim O’Connor, con gafas obscuras, pese a ser de noche, para disimular su ojo amoratado, y el guardameta argentino Lito, cenaban en compañía de Bárbara Lombard, en su piso, y por un acústico eran atendidas las peticiones de platos, que subían por uno de los montacargas.

Ella demostraba que, al menos últimamente, se había documentado mucho sobre el deporte balompédico, relativamente nuevo en Norteamérica.

El guardameta argentino no podía ocultar su admiración ante la esplendidez armónica de la escultural aventurera.

—¿Y tu marido?… —preguntó, ya terminada la cena, Tim O’Connor.

—No puede tardar. Vayamos a la terraza.

Como todos los pisos de aquel edificio, el sufragado por Sterling Zarco daba a una terraza desde la que se dominaba el mar. Y fue allá cuando ella dejó caer la primera insinuación:

—Mi marido quiere proponerles un negocio.

—¿A nosotros?

—Sí. Referente, precisamente, a su profesión.

—¿A la profesión de quién?

—La vuestra, Tim.

En aquel mismo instante, Sterling Zarco y sus cuatro *gangsters* entraban en el piso. Uno de ellos se adosó a la puerta, otro se colocó en pie, tras el sillón en que se sentó Zarco, y los otros dos se respaldaron, uno a cada lado, del umbral de la cristalera por la que se entraba en la terraza.

—Ahí está mi marido. Venid, que os presentaré.

Ambos futbolistas penetraron en el salón, y miraron a los cinco individuos, que, silenciosos, clavaron en ellos una ojeada de indeterminada valoración.

Zarco señaló el diván frente a su asiento.

—Sentaos, muchachos. Tú, Bárbara, vete a respirar la brisa del mar en la terraza.

Sterling Zarco tenía una voz autoritaria, y daba la impresión de que consideraba muy natural el ser obedecido inmediatamente.

Tim O’Connor no se sentó, sino que replicó:

—Todo esto me parece muy extraño.

—Es un tipo listo —dijo Zarco, como si les hablara a los otros—. Se da cuenta de que ocurre algo raro. Siéntate, O’Connor

, al lado de tu compañero, que, más inteligente que tú, está calladito.

—No tengo por qué recibir órdenes de nadie, y menos de alguien a quien no conozco.

—Dadle un empujón —comentó Zarco.

Los dos que estaban junto a la ventana avanzaron a la vez, y sus manos se apoyaron en los anchos hombros de

O'Connor

, que, crispados los puños, iba a rebelarse, cuando se dio repentinamente cuenta que las diestras que se apoyaban en sus hombros sostenían una automática.

—Quieto, Tim —dijo en voz baja Lito, quien obscuramente, sin adivinar de qué se trataba, había comprendido, no obstante, que eran pistoleros, y no precisamente debutantes.

Empujado Tim, quedó sentado. Sterling Zarco, frente a ellos dos, explicó, con deliberada calma, que hacía aún más efectivas sus palabras:

—No quiero confusiones. Yo soy Zarco, y sobradamente me conocen en Chicago, porque los que, mal inspirados, fueron con cuentos sobre mi persona a la policía, no tardaron en quedar mudos para siempre. Muchachos, no quiero errores. No soy un *gángster* sanguinario. Mato cuando se tercia, pero prefiero negociar tranquilamente. Vamos a poner las cosas en claro. ¿Cuánto ganas tú,

O'Connor

? No me digas que no soy nadie para hacerte preguntas, pues, si lo dices, te van a ablandar a culatazos, y al final me contestarás. ¿Cuánto ganas?



...lanzado como un bólido, Tim O'Connor en la portería...

—Mil al mes; doscientos por partido ganado —replicó, sombríamente adusto, el delantero centro.

—¿Y tú, muchacho?

—Lo mismo.

—Bien. Veo que no os ponéis pesados. El asunto es muy sencillo. El domingo jugáis contra el «Princeton». El lunes os daré a cada uno

mil dólares, a condición de que tú, O'Connor, falles los goles, y tú, Lito, te los dejes pasar. No es preciso hacerlo tontamente. Basta que el «Princeton» gane o empate. Los dos sois los indicados para lograr el triunfo del «Princeton». Me he estado interesando por el fútbol, y sé que un guardameta puede hacer una salida en falso o lanzarse en desesperada zambullida, sin poder evitar que la pelota entre en la red. Y en cuanto a un delantero centro, puede chutar fuerte, y sin embargo lanzar el balón a las nubes.

Los dos jugadores escuchaban asombrados, íntimamente furioso el delantero, casi incrédulo el guardameta.

Sterling Zarco hablaba sin mirarles, y los otros cuatro pistoleros adoptaban posturas de neta imparcialidad, como si no oyeran ni vieran. Aquella amenazadora indiferencia surtía más efecto que gritos, golpes o amenazas.

—Entremos en el terreno de las suposiciones. Los dos os tomáis la cosa a broma, y será tarde para daros cuenta que no vengo yo de Chicago para perder el tiempo bromeando. Al salir de aquí, vais a la policía o telefoneáis, y os prometo una corona de dalias sobre el lago, allá en el sitio donde más o menos os remojéis con el cuerpo agujereado. El día del partido os hacéis substituir, fingiendo que estáis malitos, y de veras enfermaréis, pero para los restos. Mides mal el zapatazo,
O'Connor
, y será como si dieras el primer golpe de pico a tu tumba. Y tú, guardameta, te sientes genial, y lo mismo te digo. La elección no es dudosa: cobrar el lunes mil dólares, o tres plomos. Si os queda alguna duda, ganad el partido, y el domingo por la noche saldréis de dudas. Avisad a la policía, y saldré con fianza y desde lejos leeré con detalles la descripción de lo horribles que estaréis cuando os saquen del lago. Cualquier pregunta que os interese hacerme, ahora es tiempo.

—El primer domingo podemos hacerlo… —dijo Lito—, pero al siguiente se darían cuenta.

—Bien razonado, muchacho. Al otro domingo jugaréis normalmente. Es mi deseo que lleguéis en cabeza a la final. Ahora, escucha,
O'Connor
; ya no es preciso que sigas haciendo el imbécil rondando a Bárbara.

Ya os podéis marchar, y si sopláis una sola palabra de lo hablado… estos cuatro os vendrán a buscar y os encontrarán. El trato está claro: mil dólares o plomo ardiendo. ¡Largo de aquí!… Acompáñales hasta la puerta de la calle, tú.

En la ventana, Bárbara Lombard fumaba, y, al igual que los demás, parecía estar muy lejos.

En la calle, el argentino, al empezar a andar, comentó:

—Nadie ha de saberlo, Tim, y yo tengo veinticuatro años.

—Es una cobardía…

—Éstos son de los que matan, Tim. Tenemos que hacer lo que quieren. Y puesto que llegaremos en cabeza de la puntuación, no nos vendrán mal estos mil. Los prefiero a tres plomos ardiendo.

—¡Maldita…!

—No lo tomes a lo trágico, Tim. A olvidarla. Y… a no olvidar que este Zarco no amenaza en vano. El domingo, en Princeton, piensa sólo en los mil dólares… y en que entre el público estarán los cuatro tiradores de Zarco.

Estaban ya cerca de su alojamiento, cuando dijo O'Connor:

—Voy a la policía. Ellos me protegerán. De mí no se burla esta maldita vampiresa. ¿Vienes?

—No. Sé razonable, Tim, y no te dejes llevar por un impulso de amor propio herido. ¿A quién le hacemos daño con perder en Princeton? A nadie.

—Pero, entonces, somos como dos muñecos a merced de estos malditos asesinos.

—Tú lo has dicho. Unos asesinos. Si vamos a la policía, acusando de soborno y amenaza de muerte, poco tiempo estará en la cárcel Zarco. Y ya podemos largarnos al fin del mundo, perdiendo la situación que tenemos en el «Atlantic». Si entras allá —y señaló el argentino el umbral iluminado de una comisaría—, eres un suicida.

—La policía nos protegería.

—Sí; pero las balas llegan desde lejos, Tim… ¿Qué mal hay en ganarnos mil de suplemento el domingo, en Princeton?

—Es poco noble.

—Lo sé, y no me gusta, pero a la fuerza ahorcan. Zarco no es un pistolero de bravuconada. Me ha bastado oírle hablar y verles las

caras a sus cuatro matones.

—¡Es indignante!

—Lo es; pero si seguimos con vida se nos pasará la calentura. No digas a nadie una sola palabra, Tim. El domingo nos tocará perder en Princeton… pero seguiremos viviendo en paz. Y no pienses más en ella, Tim. Ya habrá quien le ajuste las cuentas.

Al día siguiente, Tim O’Connor, después de una noche de pesadillas rabiosas, comprendió que la mejor solución era, simplemente, la de no meter goles el domingo en Princeton.

Capítulo IV

El domingo, a las nueve de la mañana, el primero en llegar al autocar, detenido ante el portal del estadio del «Atlantic», fue Tim O'Connor
. Su ojo maltratado estaba ya casi normal.

Jim Vespa le miró de reojo mientras se acercaba.

—Hola, Vespa —refunfuñó el delantero centro.

—Hola, Tim —replicó, agradablemente sorprendido, su agresor —. Una mañana espléndida, ¿eh, campeón?

—Tenías razón, Jim. Era un mal bicho aquella maldita vampiresa. Y yo me puse tonto. Asunto olvidado, ¿no?

—Hombre, con mucho gusto, Tim. Yo comprendo que no debía meterme en tus asuntos, pero lo hice por la afición que le tengo al equipo.

Iban llegando los otros jugadores, precedidos por el entrenador y el masajista. Bromeó éste, tocando en el hombro a Jim Vespa, donde se cruzaba la correa de la máquina fotográfica:

—Siempre con la manía de las fotos.

—Me las pagan bien los periódicos deportivos. Soy un tío con suerte, porque he logrado lo más formidable a que puede aspirar un hombre. Ganar dinero dándose gusto. Conducir coches, ver fútbol y sacar fotos, son mis tres amores, y encima me dan dinero por ello. ¿Todos a bordo, campeones?

—Dale ya al pedal —dijo el entrenador—. Y tú,
O'Connor
, sonríe, que parece vayas a un funeral. Si la morena se te fue, mejor. Hay rubias a montones, y más convenientes para ti. Y, por última vez os lo digo, muchachos. El equipo de los estudiantes es malo, pero tiene empuje. No os confiéis demasiado.

—Bah; les ganaremos a lo menos por siete a cero.

El autocar, con sus asientos literas, avanzó a toda velocidad, muellemente instalados los componentes del equipo.

Princeton, la famosa Universidad americana, está en el barrio oriental de la ciudad de Bordentown, y ofrece un vivo contraste con la mayoría de las ciudades yanquis, porque sus edificios del siglo dieciocho le dan un ambiente calmoso y apacible.

Está edificada en una colina dominando el río Delaware, y se precia de tener más historia que ninguna otra ciudad. Fue allí que en el año 1776 tuvo lugar una de las primeras experimentaciones con un artefacto muy semejante a las minas flotantes.

Barriles llenos de dinamita fueron abandonados a la corriente del que las llevó hasta Filadelfia, donde anclaba la flota inglesa.

Uno solo de aquellos barriles llegó a explotar, pero sembró el suficiente pánico entre los ingleses, para que el experimento se considerase un gran éxito.

Una atmósfera real envuelve aún a Bordentown y Princeton, que sirvió de asilo a José Bonaparte, rey en exilio de España. El soberano amaba tanto el vivir allí, que cuando le ofrecieron la corona de Méjico rehusó. El joven Murat, su sobrino, hijo del rey de las Dos Sicilias y de Carolina Bonaparte, eligió también domicilio en aquella encantadora ciudad.

Se casó con una joven americana, y dilapidó tan alegremente su fortuna y la de ella, que su esposa tuvo que fundar una escuela de niñas para poder ganarse el sustento.

Princeton es la más grande de las construcciones universitarias de América. Al viejo estilo Tudor, rodeada de parques, césped y surtidores, tiene una tradición inconmovible.

A sus estudiantes se les recomienda comportarse como los «antiguos caballeros», y no pueden admitir en sus habitaciones ni bebidas alcohólicas ni señoritas sin damas de compañía.

No tienen derecho a poseer coche, lo cual explica la gran abundancia de bicicletas por las floridas alamedas que rodean la Universidad.

No pueden casarse sin la autorización del decano. Princeton es un lugar de moda, y las muchachas de Nueva York, Filadelfia y Baltimore acuden allí para pasar los fines de semana.

Alguien ha calificado a Princeton como la cuna de los

matrimonios de categoría.

Aquel domingo la animación era inusitada. El fútbol empezaba a popularizarse, ganando a los públicos de *rugby* y pelota base.

Gente de las capitales de los cuatro Estados en que se jugaba el campeonato invadían las márgenes del río, por donde numerosas lanchas surcaban, con las notas coloridas de las sombrillas, albergando complacidas muchachas que escuchaban él inicio de cortejo por parte de los estudiantes de Princeton.

Parecía ser otro mundo, alejado del humo de fábricas, del ajetreo de industrias, de la agitada vida de los negocios, el que concurría a Bordentown en espera del partido de la tarde.

Jim Vespa, una vez dejó en el hotel a los jugadores, decidió dar un paseo por las riberas románticas.

Divisó a lo lejos los blancos cabellos, el rostro curtido y el atuendo deportivo de Bart Burlington, el octogenario naturista. Pero lo que más le interesó fue verle acompañando a una juvenil figura, esbelta, encarnación de la primaveral Eva.

Apresuró el paso, y, al reconocerle, Burlington exclamó:

—Llega usted oportunamente, Jim. Voy a remar un poco. Mabel, la dejo en estupenda compañía. Es un joven que no bebe, no fuma y se acuesta temprano.

Se alejó con ágil zancada, y Vespa comentó, riendo:

—Es formidable el señor Burlington. ¿Qué tal está usted, Mabel?

—Si desea aprender a escribir, está usted en Princeton. Debe ser muy ejemplar su conducta, cuando tanto le aprecia el señor Burlington. Detesta la moderna juventud.

—Yo soy de la vieja escuela, Mabel. Sí, de estos que se emocionan tontamente oyendo una musiquilla sentimental de acordeón, y que sienten algo extraño al ver fluir las aguas de un viejo río histórico como ése. Cosas absurdas.

—No tanto. Pero tengo entendido que cuando le da usted al balón no lo hace mal.

—No me tome por un niño prodigio. Oiga, mire qué fondo más precioso. Quedaría usted magnífica apoyándose en aquel arbusto; le haré una fotografía artística. Mi máquina está aburrida de enfocar paisajes solitarios y cabezazos de delanteros o paradas de guardametas.

A las dos horas, cuando ambos jóvenes se separaron, sentíanse

mutuamente atraídos. Jim Vespa solo sabía que ella se llamaba Mabel. Ignoraba que era Mabel Cardigan, hija del presidente del «Atlantic Club».

En el antiguo campo de *rugby*, modificado y adaptado para fútbol, minutos antes de empezar el partido no había un espacio vacío en tribunas y gradas.

Dos grupos de *supporters* llevaban ya un buen rato atronando el aire con sus gritos.

El de Princeton ocupaba la parte oriental de la grada de sol, y en seis filas se distribuían los estudiantes de ambos sexos, vestidas ellas con falda gris, blusa roja y gorrito blanco, y ellos con pantalón blanco, camisa gris y gorra roja.

En pie, el director del grupo se agitaba como un energúmeno, y disciplinadamente, según el gesto que hiciera, poníanse en pie, alternativamente, ellos o ellas, gritando el clásico vítor de Princeton:

—¡*On, On, cheer-up, cheer-up, Prince… Princeton*[1]!.

A otros gestos del endiablado animador, los colores de los gorros de ellas al ponerse en pie y quedar todos los demás sentados, formaban desde lejos la palabra «Princeton».

En la grada occidental, un grupo similar lanzaba el vítor del equipo «Atlantic Club».

En un palco, el decano y dos catedráticos de la Universidad comentaban, envidiosos:

—La juvenil barbarie siempre encuentra ocasión de chillar.

—No paran de gritar ahora, y en cambio, al ser examinados, no se les oye.

Saltó al campo el equipo del «Atlantic», recibido por una tempestad de silbidos de entusiasmo por sus seguidores.

En el centro alineados saludaron, y al instante apareció el equipo de los universitarios, cuya presencia provocó una atronadora ovación, donde rugidos, gritos, silbidos y aplausos duraron minutos.

En el banquillo, el entrenador y el masajista, sentados con Jim Vesta, masticaban chiclé. El masajista, exclamó:

—Está muy nervioso Tim.

—El haber reñido con la vampiresa. Pero los estudiantes son pan comido.

La pelota se puso en juego y el árbitro se ganó las primeras

broncas, porque, con justicia, pitaba en contra de los estudiantes, que suplían su falta de técnica con cargas y agarradas, no curados aún del vicio del *rugby*, de donde procedían.

El extremo del «Atlantic» logró escapar, y desde la esquina lanzó un centro bombeado que llegó a media altura, a dos metros del larguero superior de la puerta.

Lanzado como un bólido, Tim O'Connor entró en la portería, mientras el guardameta estudiantil, abrazando la pelota que había bloqueado, reía entusiasmado de su propia habilidad.

—¡Maldita sea!… —Gruñó el entrenador—. ¡Tú tienes la culpa, Jim!

—¿Yo? ¿De qué?

—Se ve que tu puñetazo le ha quitado la vista a Tim. ¡Si era un gol en bandeja! Y el muy animal cabecea el aire…

—Le ganó la mano el portero, que es muy elástico. Además, los dos defensas están pegados con cola a Tim.

A los treinta minutos el marcador señalaba cero a cero. Los disparos de Tim O'Connor pecaban, los unos, por demasiado altos, los otros por excesivamente colocados fuera de la portería.

En un avancé brutal de dos jugadores del «Princeton», que derribaron a un medio y a un defensa, uno de ellos chocó contra el portero Lito, y el otro, sin la menor dificultad, chutó a gol.

La ovación fue ensordecedora, y banderines, gorritos de papel y matracas de carnaval, saltaron por los aires, mientras todos los jugadores del «Princeton» formaban un denso conjunto, abrazados en el centro del campo, reunidas las cabezas y gritando el vítor ritual.

Lito, con ostensibles demostraciones de furor, se pegaba en el pecho, mientras en el banquillo comentaba el masajista:

—Un gol imparable, medio *penalty*, pero es lógico que el árbitro trabaje a favor de los de casa. No te apures, hombre, que ahora mismo Tim meterá tres seguidos.

Pero llegó la media parte con el resultado de uno a cero a favor del «Princeton». Al dirigirse a los vestuarios, Tim

O’Connor
vio a dos de los pistoleros de Zarco, que le miraban indiferentes.

En el vestuario, el entrenador, más que hablar, vociferaba:

—¡Sois la vergüenza pública número uno! Tú pareces estar fabricado con trozos de vieja reumática, Tim. Os están zurrando unos niños, sin pelo en la cara, que saben de fútbol lo que yo de griego.

—Cargan como mulos —se excusó Lito.

—Pues a ellos, y a su estilo. Tú, Tim, no te mueves de la línea de *penalty*. Y vosotros dos, a atraer a los defensas, regateando ante sus narices. Le dais el pase a Tim cuando os carguen los defensas. ¡Quiero un gol apenas salgáis al campo!

Al reanudarse el juego, Jim Vespa anunció:

—Me voy a la puerta del «Princeton». Sacaré la foto mejor cuando Tim meta su gol de la victoria.

Tim
O’Connor
, rabioso, decidió que iba a chutar a gol en la primera ocasión que se le presentase El empate podía ser un resultado normal, que no despertaría sospechas, y, además, Zarco se lo había autorizado.

Pero pasaban los minutos y los dos defensas no se separaban de su lado ni un instante. Y vino la ocasión, cuando, a un centro adelantado de su interior, corrió
O’Connor
hacia la puerta.

Uno de los defensas, viendo el gol, se lanzó en zambullida, asiendo por la cintura a
O’Connor
, mientras el otro defensa, sin el menor miramiento, zancadilleaba al que iba ya a chutar.

Un *penalty* de antología, que no tuvo el árbitro más remedio que pitar, pese a suscitar con ello sinceras e indignadas protestas de los estudiantes, los cuales estimaban ingenuamente que, menos matar al jugador, todo era válido.

Tim
O’Connor
nunca había fallado un *penalty*. Pitó el árbitro, y el disparo de
O’Connor

se incrustó por el ángulo en la red.

En el marcador apareció el uno a uno. El portero Lito saltaba sobre la punta de los pies, elástica y nerviosamente, rezando con todo fervor para que los torpes y atléticos delanteros estudiantes llegasen cerca de su meta.

Pero, por más que hacían, los delanteros eran atajados por los medios y la defensa. El tiempo iba transcurriendo, y en el banquillo el entrenador del «Atlantic» oía perfectamente los latidos de su corazón, qué se le antojaba un gigantesco tambor alocado.

Jim Vespa, con la máquina de retratar preparada, se sentaba junto a un poste de la portería defendida por el guardameta del «Princeton».

Se arrodilló, preparado, porque avanzaba el extremo derecha del «Atlantic» embalado hacia la puerta, sorteó a un defensa, y cuando el otro defensa se le arrojaba encima, hizo un pase científico, medido, que fue a caer delante de Tim
O’Connor
…

El portero, corriendo, intentó abrazar las piernas del delantero, pero, equivocando mal su impulso, quedó en el suelo a dos pasos de Tim
O’Connor
.

La portería batida estaba frente a Tim
O’Connor
, y Jim Vespa aulló, entusiasmado:

—¡Goool! —Mientras enfocaba su máquina, preparado a apretar el disparador.

Lo que sucedió fue asombroso. Tim
O’Connor
, con el pie ya levantado hacia atrás, se llevó repentinamente la mano al pecho, sobresaltado…

Se inclinó hacia delante y cayó al suelo de bruces, sin que nadie le hubiese tocado. El portero, arrastrándose, se apoderó del balón, entre el clamor de aliviado entusiasmo de los de Princeton.

El masajista, corriendo, invadió el campo, mientras Jim Vespa, inclinado sobre Tim
O’Connor

, imprecaba:

—¡Tim del demonio! ¡Buen momento para desmayarte como una damisela!

Ayudado por el portero sacó fuera de la línea a Tim
O'Connor
. El juego continuaba. Faltaba un minuto para terminar.

El masajista, murmuró:

—Ayúdame, Jim. Debe ser un síncope cardíaco… No respira.

En brazos de Vespa y del masajista, Tim
O'Connor
fue llevado al vestuario, y un atronador griterío anunciaba el final del partido, con empate a un gol.

La camiseta del «Atlantic» a rayas rojas y cuadros azules llamó de pronto la atención de Jim Vespa, quien, demudado, tocó en el hombro al masajista, que trataba inútilmente de reanimar al jugador.

—Mira. —dijo temblorosa, la voz.

En la camiseta de
O'Connor
tendido sobre la mesa de masaje, una mancha roja iba extendiéndose, invadiendo un cuadro azul.

—¡A la enfermería, antes que lleguen los otros! —exclamó el masajista.

En la enfermería, el médico, tras examinar unos instantes el pecho desnudo de Tim
O'Connor
, volvió a colocarse bien las gafas, y murmuró:

—Está muerto, señores.

—¿Un… un síncope? —balbució el masajista.

—Una herida producida por un instrumento incisocortante, clavado en el corazón. Es mi deber llamar al comisario, que está en el campo.

El comisario, después de varios minutos de meditación, comentó:

—Hay que descartar toda idea de accidente. Pido a ustedes guarden silencio, y, a las preguntas, digan que Tim
O'Connor
ha sido llevado a una clínica particular, a causa de un síncope

cardíaco. Están obligados a callar, señores, si no quieren incurrir en responsabilidad criminal, mientras yo efectúo las correspondientes pesquisas. Es un asunto delicado, incomprensible, y tendré que informar al
F. B. I.

CAPÍTULO V

La versión oficial fue que, en el momento de marcar el gol que significaba el triunfo del «Atlantic Club», Tim O'Connor fue víctima de un síncope al corazón.

El masajista y Jim Vespa estaban de acuerdo en que no debían decir la verdad, porque así facilitarían la labor policíaca y evitarían que el pánico cundiera entre los jugadores.

—No pudo ser el portero —dijo el masajista—, porque se le echó a los pies. Y, además, no iba a darle una cuchillada, que la hubiéramos visto todos. Un misterioso crimen, Jim.

—El F. B. I. lo aclarará. Alguna venganza, sin duda. Me gustaría que mi hermano Bruno se encargase de este caso. Hace cuatro años, ingresó en el F. B. I., y vive en Nueva York. Es un *as*. Mañana le pondré una conferencia.

Pero Jim Vespa no le puso conferencia ninguna a su hermano, porque aquella misma noche, a las once, estando ya acostado en la habitación de que disponía en los alojamientos de la fábrica «Camden», alguien llamó, repicando insistentemente el timbre.

Echándose un batín sobre el pijama, Jim fue a abrir, y, gratamente sorprendido, abrazó al visitante.

—¡Caramba, Bruno!

Ambos hermanos quedaron un instante abrazados. Bruno Vespa, cinco años mayor que Jim, no se parecía físicamente en nada a su hermano menor. Era de poca estatura, pero ancho y macizo, y su

rostro achatado hubiese parecido vulgarmente brutal a no ser por la agudeza penetrante de sus ojos negros.

—Bien, bien… Mira qué casualidad, Bruno. Pensaba mañana ponerte una conferencia. ¿Has venido a verme por el asunto endiabladamente misterioso de Tim O'Connor?

—Resulta que en el F. B. I., al tornar nota de los principales testigos, leyeron tu nombre, y me mandaron llamar.

—¿Qué tal los *viejos*?

—Se portan magníficamente. Este verano vendrán, como siempre, a pasar su mes de mar, y continúan deseando que vivas con nosotros en Nueva York, aunque comprenden que tu trabajo te retiene aquí en Trenton. ¿Tienes mucho sueño?

—Aunque lo tuviera, el verte me ha despertado de pronto. ¿Has cenado?

—Sí.

—Pareces preocupado, Bruno, o será tal vez que cada vez que indagáis los del F. B. I. gustáis de aparentar un ceño profundamente pensativo.

—Tú no nos aprecias mucho a los de la policía, ¿verdad, Jim?

—Os considero necesarios y valientes. ¿A qué viene tu comentario?

—Me refiero a que hace un año te ofrecí yo un buen empleo. Necesitamos en el F. B. I. conductores serenos y rápidos como tú, Jim. Y te hubiesen pagado bien.

—Es remover el alfiler en la pupa. Bruno. Recuerda que en aquella ocasión, por un poco más, te pierdo el respeto y me enzarzo contigo a puñetazos, porque te parecía que yo, al rechazar el empleo de conductor de uno de los coches del F. B. I., era un cobarde.

—Resulta, Jim, que nosotros, los descendientes de italianos,

tenemos, desgraciadamente, una mala fama en los Estados. No hay banda de maleantes que no cuente con un italiano.

—También los hay cantantes y otros que elaboran magníficos helados. Y ya van siendo numerosos los que, como tú, ingresan en la policía, puesto que en realidad el mismo talento identifica a los *gangsters* y a los policías; sólo que los primeros lo emplean en malas acciones, y vosotros en atajarlos o castigarlos. Pero ¿a qué viene todo esto, Bruno?

—Porque, al llamarme el jefe de mi sección, quiso saber si tú eras de los americanos nuevos, adictos a la ley o en contra.

—Esto sí que es gracioso…

—¡Ojalá así sea! Vamos a ir por partes, Jim. Te quiero, naturalmente, como hermano, pero en este caso te interrogaré simplemente como si fueras un desconocido, ¿entiendes? No debes enojarte, pero mi deber es no atender a los vínculos familiares que nos unen.

—Es natural. Venga, pregunta, viejo, puesto que puede decirse que soy el principal testigo.

—En tu cuenta corriente del Banco figura un ingreso de cinco mil dólares. Mucho dinero para un probador de coches. ¿Puedo saber de dónde obtuviste esta cantidad?

—Henry Cardigan me los dio, como paga y señal, para un contrato de opción de compra y explotación de un invento mío.

—Bien. Es costumbre indagar primero la clase de vida de los testigos. Me era, pues, necesario saber por qué tenías cinco mil dólares, recién ingresados. ¿Por qué peleaste con Tim O’Connor?

—Ya me suponía que esto asomaría —y Jim Vespa explicó lo sucedido.

—La versión del policía que acudió da a suponer que el motivo era una bonita muchacha.

—Pues no lo era. Lo creas o no.

—Mi deber es ir colocando cada pieza en su encasillado. ¿Quién crees tú que podía tener interés en suprimir a O’Connor?

—Lo ignoro.

—Sabes que murió atravesado el corazón de una puñalada.

—Sí.

—El que estaba más cerca de él fue el guardameta del «Princeton», un muchacho del que no se puede sospechar, porque ni siquiera conocía personalmente a O'Connor, y, además, fue bien visible cuanto hizo. No pudo herir de muerte a O'Connor.

—Oye, Bruno… Esto empieza a fastidiarme… ¿Dónde vas a parar?

—A lo lógico. La primera persona que acudió a recoger a O'Connor fuiste tú. ¡No te indignes, Jim, que es para mí muy molesto el hacer estas comprobaciones!

—Vaya… —resopló, dominando su asombro colérico, el hermano menor del agente del F. B. I. —. Deduce, pues, que, con la excusa de recoger a Tim, le asesté un puñalón. ¡Esto es estúpido! Mira, no quiero enfadarme, y trataré de ponerme a tono contigo. Suponiendo que, puesto que no soy policía, y soy de familia italiana, y no fabrico helados, ni canto, tengo que ser un sanguinario *gángster*, comprenderás que para liquidar a O'Connor no hubiese escogido el estar rodeado por cerca de diez mil personas.

—El crimen reviste a veces apariencias complicadas, destinadas a enmascarar la finalidad. ¡No te estoy acusando, Jim! Estoy interrogando a un testigo, y éste me está demostrando su inocencia. Pero, ten la serenidad de admitir que primero peleaste con O'Connor y que después eras el más cercano a él cuando sucedió el hecho.

—De acuerdo. Lo admito; pero lo que para el portero del «Princeton» sirve, para mí ha de servir también, ¿no?

—En efecto.

—Entonces, ¿a qué vienen tus sospechas?

—Yo no sospecho, sino que me limito a encajar todos los actos y las deducciones. Has de saber, Jim, que el informe medical afirma que la herida mortal no fue causada por el acto de empujar el

cuchillo, a fuerza de muñeca y músculo, sino por el lanzamiento desde cierta distancia, con mucha más penetración.

—Si yo arrojo un cuchillo, cualquiera del público me hubiese visto.

—He llegado a la conclusión que el lanzador se valió de algo, de un instrumento, que le permitiera manejarlo sin llamar la atención. Por ejemplo…, una máquina fotográfica… en apariencia.

—¡Maldición, Bruno! Veo que tienes empeño en demostrar que en la familia Vespa hay un asesino cobarde.

—No, Jim. Te voy diciendo lo que otro policía te diría. Se da además la agravante que tú eres un mecánico ingenioso. Fíjate bien que, en el terreno de las suposiciones, alguien que odie a O’Connor está en el estadio, provisto de una máquina fotográfica, que a nadie extraña. Finge esperar el momento de tomar una buena foto… y su mirilla le da la figura de O’Connor, parada ante la portería. Parece que aprieta el disparador de una «Kodak», y lo que brota es un proyectil de acero, que se clava en el corazón de O’Connor.

—Puedes ver mi máquina, y comprobarás que es completamente normal, con sus aditamientos de infrarroja —y, levantándose, Jim Vespa fue al perchero, de donde colgaba su cazadora, en una de cuyas hombreras la tirilla aseguraba la correa de la máquina y su estuche—. Y no me digas que la he cambiado, porque, revelando el rollo, verás que contiene fotos de Princeton, seis de una chica y unas veinte del estadio, con su público y… ¡Condenación!

—¿Qué pasa? —dijo Bruno Vespa, levantándose y acercándose al perchero, donde su hermano, abriendo el estuche, sacaba de su interior tres novelas en formato de bolsillo.

—¡Me… han robado la máquina! Y para que no notase el vacío han colocado tres novelas… Por favor, Bruno…, cuidado con lo que me digas ahora. Tengo los nervios en punta.

—No te diré que has hecho desaparecer tu máquina, para esconder una pista. Otro policía podría decírtelo. Lo que sí pregunto es: ¿por qué te figuras que han hecho desaparecer tu máquina?

—No tengo la menor idea.

—¿Quién estuvo lo bastante cerca de ti para poder hacer este cambio sin ser visto?

—Al salir del estadio llevaba la cazadora y la máquina en el brazo. Las dejé sobre una mesa del bar, mientras tomaba un café… ¡Esto es increíble, Bruno!

—Procura recordar si mientras tomabas el café alguien se acercó a la mesa donde se hallaban tu cazadora y la máquina.

—No recuerdo.

—Escucha, Jim. Es posible que tú tomases una fotografía de algo o alguien que al criminal no le interesase pudieras revelar y plasmar, porque fuese una prueba contra él. Trata de recordar a quién enfocaste de tus conocidos.

—A Mabel; pero es una muchacha, secretaria de Cardigan, incapaz de maldad alguna. Después, a jugadores, al público…

—Por la postura de O'Connor al caer, quien le disparó con el proyectil de acero tuvo que ser alguien que estaba en la grada de la portería en que entonces jugaba el «Princeton». Escucha, Jim; por esta noche ya te he enojado bastante. Quiero tan sólo que sepas que la mejor manera que tienes para demostrar que eres inocente es ayudarme a encontrar el verdadero asesino.

—Comprendo. La cosa está fea para mí, ¿no?

—En efecto, mientras no se averigüe quién mató y por qué lo hizo. Y tú trata de recordar quién rondaba tu máquina. Yo haré indagaciones por mi lado. He conseguido que este caso me lo dejen a mí. Tal vez si tuviéramos tu máquina… Bueno, hasta pronto, Jim, y no me guardes rencor, que me dolería mucho.

—Sin rencor, Bruno…, y demostraremos que, sin ser policía, ni cantor, ni fabricante de helados, no es precisamente obligatorio que yo sea un asesino.

Bruno Vespa volvió a abrazar a su hermano, y, mientras lo estrujaba, le dijo:

—Como agente del F. B. I. estoy Obligado a sospechar de todos, aunque fuera de mis propios *viejos*. Ahora, como individuo particular, ¡ni hablar, Jim! Tú no

puedes ser un cobarde asesino. Pero… acepta con calma la idea de que, por ahora, todo te acusa.

—Espera… espera a que agarre yo el cochino que mató a Tim, y…

—Si lo descubres antes que yo, tu obligación es entregarlo a la policía, Jim. Hasta pronto.

A solas, Jim Vespa empezó a pasear arriba y abajo de su alcoba, refunfuñando entre dientes. ¿Qué podía haber retratado que comprometiese al criminal?

Después evocó, segundo por segundo, cuanto pasó desde el momento en que dejó su cazadora con la máquina en el café.

Entraron… ¡Bárbara Lombard, sí! Y Bart Burlington, y Henry Cardigan, que, por cierto, iba acompañada por Mabel…

Descartó a Burlington, a Cardigan y a Mabel.

Bárbara Lombard había conquistado a Tim, despreciando a mejores partidos, y Tim O’Connor estaba muy nervioso al entrar en el campo, un nerviosismo que no podía atribuirse a la trascendencia del partido, por cuanto el «Princeton» era un equipo flojo.

Pero ¿por qué el criminal había escogido precisamente un estadio abarrotado de público y un sistema complicado para matar?

Se acostó, firmemente decidido a encontrar al día siguiente el mejor modo de indagar acerca de Bárbara Lombard.

CAPÍTULO VI

En la canoa que conducía hacía Cape May, para su entrevista con el enigmático vestido de negro, Sterling Zarco meditaba que había sido un favorable azar el que hizo caer a Tim O'Connor presa del ataque al corazón, precisamente en el momento en que el gol era inevitable.

Había cobrado ya las apuestas, valiéndose de sus satélites, y estimaba que el misterioso inspirador de aquel asunto debía ser un hombre de negocios, porque todo estaba planeado a la perfección.

Se acercó al litoral, contorneando el extenso cabo, dentellado, con sus múltiples radas, hasta que sobre un peñasco divisó la silueta de negro. Poco después, el desconocido saltaba al interior y entraba en la pequeña cabina de la canoa.

Llevaba sombrero fieltro negro, abrigo, y el rostro cubierto, así como las manos.

—Aquí está el saldo a favor, jefe —sonrió Zarco—. Y hemos tenido la suerte de que el delantero se pusiera enfermo de la emoción ante el marco sin portero. Oiga; me puse yo casi malo al verle que iba a chutar, porque no le quedaba más remedio. Pero todo ha salido bien.

—Los dos próximos domingos no hay que intervenir para nada, Zarco. Aquí tiene usted su parte, y ya le avisaré para el partido en que repetiremos la jugada.

—Si Tim O'Connor sigue enfermo, ¿a quién pondrán en su sitio?

—Al suplente Janos Heredia, menos chutador que O'Connor

, pero más científico. A Heredia será a quien tendrá usted que aleccionar cuando yo le avise.

—¿Es que O'Connor no jugará más?

—Tim O'Connor ha muerto.

—¿Eh?

—No fue síncope, sino un proyectil que se le alojó en el corazón. La policía guarda el secreto, para facilitar sus pesquisas. Bien, Zarco; le aconsejo se vaya de Atlantic hasta mi próximo aviso.

El desconocido, que había colocado en su bolsillo los ochenta mil dólares restantes, saltó fuera de la canoa.

Sterling Zarco lo vio desaparecer por entre el pinar antes de que hubiera podido reaccionar ante la sorpresa que le había causado saber que la muerte de Tim O'Connor no se debía a un factor natural.

En el piso besó maquinalmente a Bárbara Lombard, para encararse, fríamente furioso, con sus cuatro pistoleros.

—Uno de vosotros cuatro perdió esta tarde el dominio, y se ha pasado de rosca. Está bien claro que ninguno de vosotros puede mover un dedo sin mi autorización. ¿Cuál de vosotros es el grandísimo estúpido que liquidó a O'Connor?

Los cuatro interpelados se miraron entre sí, con un sincero y evidente asombro. El más viejo de ellos, comentó:

—Nosotros no teníamos tu orden de liquidar a O'Connor, patrón. Y, de haberlo tenido que hacer, habría sido después del partido, como es lógico, y no allá en el campo ni en la enfermería.

Sterling Zarco frunció el entrecejo, y, por fin, dijo:

—Entonces, ¡ha sido el cara tapada! Estoy pensando que cuando se termine el campeonato, y el cara tapada se haya forrado el riñón, habrá llegado el momento de que le quite yo la máscara. Bueno, andando, que nos vamos. Tú te quedas, Bárbara, y mañana le

entregas a Lito estos mil.

—¿Qué le digo sobre
O’Connor
?

—Que, asustado ante el gol irremisible, le falló el corazón, y añades que, si no quiere que el suyo deje de latir, guarde silencio, y espere, que dentro de algunos domingos volverá a ganarse mil de suplemento.

* * *

El jugador argentino del equipo «Atlantic» estaba en la terraza del bar que le habían indicado como sitio para percibir sus mil dólares, cuando llegó Bárbara Lombard, provocando como siempre, su paso, una oleada de admiración entre los hombres.

Lito Ortiz daba por seguro que
O’Connor
, presa de pánico, había fallecido de resultas de un síncope cardíaco. Filósofo, había meditado que delatar a los *gangsters* no devolvería la vida al infortunado delantero centro, y, en cambio, supondría para él un constante peligro.

Bárbara Lombard se dirigió rectamente a las cabinas telefónicas, donde fingió consultar en una de ellas el listín. Lito Ortiz se aproximó, y cuando ella dejó el listín lo cogió, para extraer disimuladamente de entre sus páginas el sobre que contenía los diez billetes de cien.

Regresó a su mesa, y Bárbara Lombard se sentó en otra distante. El argentino sintió por fin que no daría lugar a sospechas el que se acercase a conversar con la bellísima sirena de los *gangsters*.

Ella le recibió con cierta frialdad, y el perspicaz argentino comentó:

—Usted me califica de cobarde, ¿no es eso?

—Mi personal opinión no debe importarle. Lo que sí debe recordar es que a Tim le falló el corazón.

—El mío tiene taquicardia cuando la contemplo. Es usted tan atractiva, que yo sería capaz de cualquier cosa por verla abandonar este aire desdeñoso, altivo y frío con el que me apabulla.

—Me gustan los hombres muy hombres que no se dejan imponer

por amenazas.

—¡Esto sí que es gracioso! Usted… incitándome a la rebelión contra sus compinches. ¿No se da cuenta que, exasperado, puedo descubrir todo el misterio?

—No lo hará. Aprecia demasiado su integridad física.

Pestañeó Lito, porque de pronto el rostro hierático y orgulloso de la hermosa Bárbara se humanizaba, haciéndose doblemente bello al sonreír complacida.

Quiso averiguar la causa de aquella sonrisa luminosa, y observó que el causante era Jim Vespa, que, entrando en la terraza, buscaba alguna mesa libre donde sentarse.

Ella agitó la mano. Jim Vespa, que en realidad la había ya visto, fingió ahora reconocerla.

Se acercó, mirando con extrañeza al argentino.

—Buenos días. Por lo visto, los futbolistas son elementos de su predilección. Hola, Lito.

—Siéntese, Jim. Ha sido verdaderamente una pena el accidente ocurrido a Tim. No era mal muchacho; un poco torpe y vehemente, pero sin maldad. Casi un niño mal criado.

—Si Lito fuera supersticioso, se apartaría de usted…

—¿Y por qué, si puede saberse?

—Es usted una mujer fatal, de las que inspiran pasiones, y enloquecen. Yo creí que esto sólo se veía en el cine, pero ahí tenemos a Tim, un hombre que disfrutaba de excelente salud, hasta que la conoció.

—Lito se iba ya, ¿verdad?

—O, bien, no me hacen falta indirectas. Cuídate, Jim, si tan fatal es la dama. Adiós.

—Ha mortificado al muchacho —comentó Vespa, al marcharse el argentino—. Y es un buen chico.

—Poquita cosa para mí. No me gustan los hombres que se perfuman y son incapaces de pelear por lo que desean.

—¿Y qué desea Lito?

—¿Y usted?

—Mucho y poco. Lo que primero me interesaría saber, es que posible relación hay entre la muerte de Tim y usted.

Los grandes ojos femeninos se posaron en el semblante repentinamente endurecido del joven. Ella rió armoniosamente.

—No sea majadero, Jim. No negaré que soy, a mí pesar, provocativa; pero no enfermo los corazones, y Tim murió por síncope, seguramente, de la emoción experimentada ante un gol seguro.

—El partido no era de tanta importancia como para producirle a Tim esta fatal impresión. Usted, que estaba en la gradería tras la puerta dónde sucedió el accidente…

—Yo estaba en la tribuna, en un palco, Jim. No pude ver bien lo que le sucedió a Tim. Y cambiemos de tema, ¿quiere? No le hacía un ocioso, sino un probador de coches.

—He pedido una licencia temporal indefinida. Me están sucediendo cosas muy raras. Figúrese que alguien ayer me robó la cámara fotográfica, y no puedo adivinar la razón.

—En las apreturas se aprovechan los rateros.

—Haciendo conjeturas sobre el nerviosismo de Tim al entrar en el campo del «Princeton», llegué a una conclusión. El muchacho estaba nervioso, porque alguien le había amenazado.

—¿Sí? —dijo ella suavemente, entornados los párpados.

—Usted tendrá marido o novio, esto es infalible.

—¿Por qué?

—Una mujer de su categoría tendrá forzosamente que pertenecer a alguien.

—¿Y qué, si así fuera?

—Este alguien, advertido de que Tim la cortejaba, pudo, incitado por los celos, amenazar a Tim.

—Es ridículo todo esto. He tenido y tengo, naturalmente, pretendientes. Pero hace ya cierto tiempo que vivo sola, muy sola, Jim.

—Entonces, es usted un gran peligro para mí, que también vivo solo.

—El tiempo dirá, Jim. ¿Por qué se levanta?

—Tengo que ir al campo. Me gusta hacer ejercicio.

—Hasta pronto. Me agrada verle.

—Y a mí, Bárbara. Y si sabe algo acerca de mi cámara desaparecida, le agradeceré cualquier pista.

—¿Por qué iba yo a saberlo?

—Casualidades, coincidencias… Hasta pronto.

Quedóse ella meditando. ¿Sospechaba algo? El tiempo lo diría.

Lo cierto era que le gustaba aquel muchacho, que no tenía nada de un pelele y que casi la trataba hostilmente.

Jim Vespa llegó al campo cuando los jugadores iniciaban su entrenamiento. Una vez en el vestuario, el masajista vino a verle.

—Los muchachos están convencidos de que Tim murió de síncope, Jim. No sé si decirle al entrenador…

—Nada. Ya basta con que lo sepamos tú y yo. Podría cundir el pánico, y eso no conviene.

El suplente de O'Connor deseaba afianzarse en su sitio de delantero centro, y ponía en juego todas sus aptitudes.

Fue al terminar la sesión matinal de entrenamiento cuando uno de los jugadores, viendo ahora correr el balón a Jim Vespa, comentó:

—Este chico tiene facultades, Deberíais proponerle que fuese suplente de Janos.

—No quiere ser profesional. Dice que tiene un porvenir más seguro en su trabajo.

Al anochecer, Bruno Vespa se entrevistó con su hermano. El misterio de la muerte de Tim O'Connor seguía impenetrable.

Pasaron los días, y una noticia asombró a Jim Vespa. Se rumoreaba que la hija de Cardigan, que hasta entonces había sido un modelo de virtudes, habíase de pronto convertido en una candidata a la dipsomanía.

Era asidua de clubs nocturnos, donde antes nunca acudía, y bebía con ahínco. Jim Vespa, ignorante, todavía de que la chica que él conociera como secretaria de Cardigan era su hija, recibió la gran sorpresa, cuando, cenando en casa de Guido, vio detenerse un coche del que saltó Mabel…

Iba evidentemente «alegre», y la acompañaba un desconocido. Entró en el restaurante, y, al verla, dirigióse Vespa a su mesa.

—Hola, Mabel. Tenía deseos de verla…

—Hola, hola, Jim… Éste es Macormik. ¿Qué hay de mis fotos?

—No las pude revelar, Mabel. Fui dos veces a su oficina, pero me dijeron que había tomado usted unas vacaciones.

—Sí, unas largas vacaciones. Esta noche he querido venir a conocer el ambiente de los titiriteros de las casetas, que dicen vienen aquí. El hombre-león, la mujer con barba… Muy divertido.

Pero sus ojos tenían una inmensa tristeza. Su acompañante estaba en un grado de incipiente embriaguez, lo cual le hacía ser enormemente amable. Palmoteo las espaldas de Vespa.

—Cene con nosotros, amigo. Es mucho diablo Mabel para un hombre solo. Se le han despertado de pronto las ganas de divertirse a lo grande, y como tenía hambre atrasada, va noqueando a los alegres compañeros que la escoltan. Yo soy el que más resiste.

Jim Vespa miró a Mabel Cardigan, no reconociendo en aquella lujosa muñeca a la sencilla muchacha con la que durante dos horas había paseado por las márgenes del Delaware, en Princeton.

—Esfúmate, Macormik… —rió ella—. Recógeme dentro de una hora. Quiero hablar con Jim a solas…

—Yo no soy celoso, sino el clásico ejemplar del hombre de mundo que estima primitivo el monopolio —dijo, gravemente, el embriagado, levantándose—. ¿Me dejas el coche, Mabel?

—Sí. Hasta luego, Apolo.

A solas con Jim Vespa, ella le guiñó un ojo, con gesto que pretendía ser frívolo, y era lamentablemente cómico.

—Me miras como si vieras un fenómeno, Jim.

—No comprendo lo que te ocurre, Mabel.

—A ti, muy confidencialmente, te lo diré, porque me inspiras confianza. He sufrido un gran desengaño, un horrible desengaño…

—No es bebiendo y comportándote como lo que no eres, ni está en tu carácter, como te repondrás, Mabel.

—Tú no sabes nada de mi carácter. Ni siquiera sabes que soy Mabel Cardigan, ¿verdad?

—Primera noticia, y nueva sorpresa, Mabel. Pero, seas hija de quien seas, no importa para…

—Oh, oh; precisamente por ser hija de quien soy, soy ahora como soy. No me entiendes, pero yo sí, que es lo que se trata de demostrar. Esta noche me llevarás a las casetas del dique, Jim.

—Escucha, Mabel; si en algo puedo ayudarte…

Ella se ensombreció, murmurando:

—Nadie puede ayudarme, nadie. Todo está perdido.

—¿Qué es lo que está perdido, Mabel?

—Tener que guardar silencio, y padecer en secreto, es algo horrible…

Una voz autoritaria, dijo, a espaldas de los dos:

—Ven conmigo, Mabel. Tu comportamiento es absurdo.

Jim Vespa vio a Henry Cardigan, el cual añadió:

—Vamos a casa, Mabel. Me avisó Macormik…, y no olvides que aun no eres mayor de edad. Usted dispensará, Vespa.

Ella se dejó llevar dócilmente. Jim Vespa quedóse pensando si aquellas extrañas frases pronunciadas por Mabel Cardigan eran divagaciones debidas a los cócteles.

Pero ¿por qué bebía ella? Posiblemente estaba enamorada de algún hombre casado, dolencia que, según había oído decir, aquejaba con frecuencia a las muchachas entre los quince y veinte años.

Se acostaba cuando llegó su hermano, el cual, apenas entró, exclamó, alborozado:

—¡Creo que ya tengo la clave, Jim!

—¡Venga! —exclamó éste, igualmente alborozado—. Tú eres un *as* del F. B. I., y este misterio no podía durar.

—Descarté la posibilidad de una venganza, puesto que para matar a O’Connor no hubiesen aguardado a hacerlo en un estadio. ¿Cuándo se hincó el proyectil de acero en el corazón de O’Connor? Precisamente en el mismo instante en que iba a meter el gol del triunfo. ¿Cómo estaban las apuestas? Quince a uno en contra el «Princeton», el cual, si empataba o ganaba, producía, a quien le apostaba, quince dólares por cada uno. He recorrido los dos centros de apuestas y pagos. Claro, no saben a quiénes pagaron, pues fueron varios desconocidos…

—¡Ahora lo veo todo claro! Comprendo el nerviosismo de O’Connor. Alguien debió amenazarle de muerte, sobornándole… ¿Quién?

—Todavía no lo sé, pero me baso en lo siguiente. Si, como creo, se trata de una banda de *gangsters*, daremos con ella. Basta que el

domingo próximo mis hombres tomen fotografías secretamente de cuantos apuesten contra el «Atlantic», que juega en Maryland un partido claro, donde las apuestas están a su favor en veinte a uno. ¿Comprendes?

—Magnífico, Bruno. Esto se va a aclarar.

—Cada jugador está discretamente vigilado, para ver con quién se trata. El domingo saldremos de dudas, Jim.

Pero el domingo siguiente, en Maryland, el «Atlantic» ganó por ocho a uno, y al otro domingo por tres a cero, sin que nadie, aparte algún arriesgado, apostase en contra del «Atlantic».

Jim Vespa estaba contrariado, por cuanto vio que su hermano, al tener que abandonar aquella pista, que tan segura parecía, le había insinuado que era del todo necesario ahora averiguar la personalidad de quien le robó la máquina.

Bárbara Lombard seguía flirteando con Jim Vespa cuando éste aparecía por Atlantic City. Mabel Cardigan estaba en Nueva York, en casa de unos familiares.

La muerte de Tim O'Connor seguía envuelta en el mayor misterio. El F. B. I. mandó una nota a Bruno Vespa dándole quince días más para descubrir al asesino, añadiendo que, de no aportar novedades, sería reemplazado por otro agente.

Se aproximaba el domingo en que el «Atlantic» debía jugar en Pittsburg, la ciudad «de la noche horrible».

Janos Heredia, en su puesto de delantero centro, eclipsaba la fama del fallecido O'Connor. En la puerta, Lito Ortiz era un guardián cancerbero que no dejaba pasar ni el aire, como decían los cronistas.

El equipo partió el viernes en autocar, pues siendo muy largo el viaje hasta Pittsburg, en Pennsylvania el entrenador quería que descansaran el sábado entero, para hallarse en forma el domingo.

Las apuestas estaban bastante igualadas, por estar en la clasificación en cabeza el «Atlantic» con once puntos, el «Pittsburg» y el «Nueva York» con diez. Los restantes equipos no rebasaban los seis.

Al anochecer llegó el autocar a Pittsburg, donde los acontecimientos iban a precipitarse.

Capítulo VII

El estado de Pennsylvania representa el carbón y el acero, la industria y la diversidad de religiones, como en ningún otro lugar. Y aun hoy en día, una de sus sectas, la de los menonitas, continúa practicando su doctrina de la no-resistencia con sus objetores de conciencia, que no quieren entrar en los cuarteles, el alejamiento de todos los placeres y vanidades del mundo, el lavatorio de pies y el beso fraternal a modo de saludo.

El menonita no va a las capitales. No se aleja de su aldea, y casi venera los montones de estiércol, porque es esencialmente granjero.

Pero la región donde se asienta Pittsburg es ultramoderna, y un millón de personas viven de sus yacimientos de antracita. Siete líneas de ferrocarriles parten de Pittsburg en un constante transporte de carbón.

Pittsburg, la ciudad del humo, la ciudad de la noche horrible, se ha convertido en una verdadera tierra de fuego. Cuando por la noche se acerca el viajero a ella, podría creer que está siendo devorada por un vasto incendio.

Durante millas y millas no se ven más que vagones de carbón, hornos de cock ardiendo, humo, hollín, colinas con los flancos ennegrecidos, hulleras, ríos de metal puesto al rojo y enfriándose, pesados rodillos comprimiendo las planchas quemantes con rugidos, gigantescos tijeretazos cortando estas planchas en trozos que unas grúas enormes levantan y dejan caer con un estrépito infernal.

Para rehuir ese estrépito, el entrenador decidió que el autocar siguiera camino hasta la ciudad de Hersey, apacible, dedicada a la fabricación de sus famosos chocolates, para los que cada día se necesitan trescientos mil galones de leche.

Alrededor de Hersey se agrupan numerosas granjas, y fue en una

de ellas donde el equipo pasó la noche.

En la mañana del sábado cada jugador emprendió un paseo por los pintorescos alrededores montañosos. A lo largo de la carretera había típicos paradores donde, en vez de barman, servían muchachas vestidas de granjeras al viejo estilo.

En uno de estos paradores, atendiendo a sus indicaciones, el guardameta Lito telefoneó a Pittsburg, donde le fue dicho simplemente que se atuviera a las mismas instrucciones que el día del partido con «Princeton».

Janos Heredia, el delantero centro, descendiente de griego y mejicana, hacía «provisión de oxígeno», en compañía de los dos interiores y Jim Vespa.

Ambos jugadores manifestaron su intención de escalar un roquizo desde el que divisarían todo el panorama. Se marcharon, y Janos Heredia y Jim Vespa bañáronse en el río.

Al mediodía sonó el teléfono de la granja donde se alojaban. Una voz femenina preguntó por Janos Heredia, el cual, entre las bromas de sus compañeros, se dirigió a la cabina.

—Janos Heredia, al aparato. ¿Quién es?

—Una amiga de su novia Janet, residente en Pittsburg. Nos agradaría mucho a mi familia y a mí que pasara esta tarde, entre cinco y seis, a tomar el té con nosotros. Sin cumplidos. Sólo estaremos mi hermano y mis dos hermanas. ¿Vendrá?

—Agradecido. ¿Cuál es la dirección?

—Es una casa al exterior. Ya le recogerá mi hermano, que le conoce de vista, en la carretera seis, junto al surtidor de gasolina. No tiene pérdida. Le esperará en un «Pontiac», negro, torpedo.

Y Bárbara Lombard colgó. Janos Heredia, regresando a la mesa, comunicó que era una familia amiga de su novia Janet que le invitaba a tomar el té, donde seguramente se aburriría, pero para no ofender a las amistades de su novia, iría.

A las cinco de la tarde, Janos Heredia buscó en vano un taxi. No lo halló, y solamente le pudieron ofrecer una motocicleta. Pero él no sabía manejarla, por lo que tuvo que rogarle a Jim Vespa le llevase al lugar de la cita.

Consultó Vespa su plano de Pennsylvania, para encontrar el camino a seguir hasta la carretera número seis.

En el indicado surtidor de gasolina había un «Pontiac», negro,

tipo torpedo. Al volante, un sujeto de ceño sombrío, el cual, al detenerse la motocicleta, agitó una mano, indolentemente, hacia Janos Heredia.

Se acercó con Vespa al coche, y el desconocido saludó:

—Hola, señor Heredia. Me envía mi hermana a recogerle. No necesitará la moto, que yo mismo devolveré a Hersey. Suba.

Titubeante, Janos Heredia murmuró:

—No puedo dejar solo a mi amigo.

—No te preocupes, Janos. Iré hasta la ciudad, y te recogeré a las siete en punto aquí mismo. Hasta luego.

Janos Heredia subió al coche, mientras Jim alejábase en la moto hacia Pittsburg.

La carretera por la que ahora remontaba el «Pontiac» era más bien un sendero, que de vez en cuando pasaba por delante de unos hornos abandonados.

El mutismo del que conducía hizo pensar a Janos Heredia que el hermano «de la amiga de Janet» no era de los que podían, clasificarse como amenos y simpáticos.

No se veía casa alguna. De trecho en trecho, la redondez refractaria de hornos caleros, sin vestigio de vida.

—Residen ustedes algo apartados del mundanal ruido… —dijo Janos Heredia, para quebrar el silencio.

—Sí.

—¿Falta mucho?

—No.

Pasaron unos minutos, y por fin el coche se detuvo. Miró Heredia en rededor, extrañado.

No veía más que la masa redonda de un horno, y un caserón de madera, carcomido, sin presencia humana.

—Es aquí —manifestó el conductor.

—¿Cómo dice?

—Baje.

Janos Heredia bizqueó, porque repentinamente acababa de sentir contra su costado la presión muy elocuente de un cañón de pistola. Del caserón salían tres individuos, el primero de los cuales, también pistola en mano, refunfuñó:

—Venga, futbolista. Baje, que tenemos que hablar.

Completamente desconcertado, Janos descendió con las manos

en alto, y procuró afirmar la voz para anunciar:

—Tienen que haberse equivocado. Yo soy simplemente…

—Cierre el pico. Hablará cuando le pregunten. ¡Eche adelante! Condúcele, Bully.

Empujado por los hombros, Janos Heredia penetró en el caserón. No había mobiliario alguno, y en pie quedó, sabedor que a sus espaldas había dos sujetos, y a su lado otro, mientras que el más viejo, de rostro adusto, antipático, decía:

—Hemos apostado cincuenta mil a que mañana el «Atlantic» pierde contra el «Pittsburg». ¿Te das cuenta, ariete?

—Yo… no comprendo, que… yo…

—El partido está bastante igualado, y vais en las apuestas favoritos por cinco a tres. Hablan maravillas de tu talento chutando y deslizándote por entre los defensas. Tú conociste a Tim O’Connor, ¿verdad?…

—Yo…

—El muy torpe se colocó ante la portería, y no le quedaba más remedio que meter el gol, en contra de nuestras instrucciones. Faltó poco para que nos hiciera perder. Por eso murió. ¿Te vas dando cuenta, Janos Heredia?

—¿Qué… tengo que hacer?

—No dar una. Te daremos mil dólares el lunes, si perdéis. Ahora bien; si vas a la policía, o hablas con alguien de esta entrevista, te acribillaremos, y lo mismo pasará si te haces substituir.

Janos Heredia era valiente, pero por vez primera se encontraba ante un caso semejante. Miró a los cuatro individuos, cuyos ceños y aspectos denotaban a los endurecidos *gangsters*.

—Yo no tendré la culpa si los interiores y, los extremos meten goles. Yo no soy más que…

—Vuestro equipo juega con la táctica de sacrificarlo todo para darte a ti los pases en bandeja.

—Pero si ven que fallo, en la segunda parte me pondrán de interior o de medio centro.

—Procura, pues, que tus fallos no se noten y sean achacados a mala suerte… ¿Vino solo?… —preguntó el que llevaba la voz cantante, al conductor del «Pontiac».

—En moto. Le acompañaba el chófer del autocar. Ha quedado

en recogerlo a las siete en el surtidor.

—Luego lo llevas allá, y escucha bien, Heredia. Nosotros no tenemos por qué correr inútilmente un riesgo. O sea, que vivirás mientras obedezcas mis instrucciones. Pero, por si se te ocurre ir con el chivatazo, míranos bien, y tienes que ser muy borrico para no darte cuenta que no somos unos principiantes.

—Me doy cuenta —gruñó Heredia.

—Mejor que así sea. Nosotros no somos asesinos por capricho. Cada vez que hemos liquidado a alguien ha sido porque este alguien se equivocó y nos confundió. ¿Es necesario que te ablandemos con una paliza que no te deje marcas en la cara para que comprendas que no es un juego lo que nos reúne aquí?

—No hace falta. Ya te he dicho que me dado perfecta cuenta. Pero no sabía yo que Tim hubiese muerto por…

—Guárdalo para ti. Te lo hemos indicado simplemente para que medites en ello mañana por la tarde. Y ahora, cuando te encuentres con el chófer, le dices que la merienda fue estupenda. Comprende que si te chivas sería difícil dar con nosotros, y, en cambio, muy fácil para nosotros dar contigo. Vete tú atrás en el coche, Bully, por si en el camino Heredia se siente atacado de histeria heroica.

Hirviente de contenida indignación, Janos Heredia, atendiendo a la señal del que parecía mandar, se dejó resbalar contra la pared de troncos, quedando sentado en el suelo, teniendo a su lado al conductor.

Los otros tres, en silencio, cada uno en una esquina del caserón, miraban de vez en cuando al jugador, sin animosidad, con indiferencia.

A Janos Heredia los minutos se le antojaban eternos, y llegó un momento en que se le hizo irresistible aquella permanencia entre cuatro maleantes que adivinaba inexorables.

Exclamó, furibundo:

—¡Dejadme marchar! ¿A qué viene el tenerme aquí como un ratón, acechado por cuatro gatos?

—No te asustes antes de tiempo. Saldrás de aquí dentro de media hora. Y si quieres gritar para desahogarte, hazlo, que no hay un alma por los contornos. Pero tal vez esto nos moleste, y no te resultaría grato que jugásemos al fútbol contigo. Tómalo con calma, y te irá mucho mejor.

Dos de los pistoleros sacaron de sus bolsillos unos periódicos, que desplegaron, poniéndose a leer bajo la luz de la única linterna.

El que estaba junto a Janos Heredia empezó a silbar tenuemente, y el que les capitaneaba se asomó a la única ventana, donde se acodó.

A la media hora, Janos Heredia acogió con alivio la señal del que le había llevado, y salió del caserón, seguido por otro.

—Atrás, conmigo —dijo el llamado Bully.

El «Pontiac» arrancó por el sendero, y, cuando faltaban unos doscientos metros para llegar al surtidor de gasolina de la carretera seis, se detuvo.

—No conviene que el chófer nos vea a los dos. Siéntate delante ahora, Heredia, y si quieres seguir con buena salud, chitón.

—Aquí te espero, Sammy.

Sammy volvió a pisar el acelerador, advirtiendo:

—Cuidado con lo que haces. Quedan otros tres que te ajustarían las cuentas.

Janos Heredia permaneció silencioso, y el coche, dando una curva, vino a detenerse a un lado del hangar del puesto de gasolina.

Obscurecía ya, y comentó Sammy:

—Tu compañero se ha retrasado. Baja.

Cautelosamente, pisando sobre la punta de los pies, Jim Vespa se aproximaba por detrás del «Pontiac». Llevaba en la diestra una llave inglesa, empuñada por la boca.

Saltó al estribo, apoyando el frío mango en la nuca del que estaba al volante, cuando ya Janos Heredia estaba fuera del asiento, manteniendo aún la portezuela.

—¡Duro, Jim!… —gritó Heredia—. ¡Atízale sin escrúpulos, que es un cochino pistolero!

Jim Vespa, encaramándose al coche, quedó atrás del llamado Sammy, que, paralizado por la sorpresa del ataque, permanecía con las dos manos rodeando el volante, inmóvil.

Janos Heredia había pasado una hora muy angustiosa. Se desfogó ahora propinando un feroz puñetazo en la mandíbula del *gángster*…

Jim Vespa atrajo a éste hacia atrás, diciendo:

—Colócate al volante, Janos, para no llamar la atención. Podría venir alguien del surtidor. ¿Sabes guiar?

—Mal.

—Entra en el sendero, poco a poco, y frena a unos metros.

Cabalgando al pistolero, Jim Vespa tuvo que asestarle un puñetazo entre las cejas, porque Sammy pretendía sacar su arma, colocada en el cinto entre la camisa y el pantalón.

Se la arrebató, apuntándole con ella. El «Pontiac» frenó, con algunos sobresaltos que acreditaban el poco arte conductor de Janos Heredia.

Estaban en un trecho del sendero, invisibles ya por los mecánicos del aprovisionamiento de gasolina.

—Ayúdame a amordazar y atar a este compadre —pidió Vespa alegremente—. Ya está resuelto el misterio.

—¿Cómo tú viniste tan oportunamente, Jim? —quiso saber el futbolista, entrando en la parte posterior, donde adustamente, el medio aturdido *gángster* trataba de oponerse a las maniobras de Jim Vespa.

—Quieto, imbécil, o te sacudo. Quítale los cordones de los zapatos, Janos, y el cinto —dijo Vespa, asiendo con sus manos las muñecas de Sammy—. No me gustó este tipo, y desde aquella cima os vi llegar al horno. Me acerqué a pie, y pude oír lo que te proponían. Eran cuatro con pistolas, y yo, con mis manos limpias, preferí esperar.

—Muy bien hecho. Allí, si te presentas, nos asan a los dos. ¿Oíste, Jim? Estos malditos granujas mataron a Tim.

—Sácale el cinto, los tirantes y la corbata. Hay que dejarlo en forma que no pueda moverse. Ayúdame a quitarle la chaqueta…

Jim Vespa se colocó el fieltro del *gángster* y su americana, mientras Janos Heredia, mascullando pintorescas imprecaciones, iba atando los tobillos y muñecas de aquél, alrededor de cuya boca anudó la corbata de fantasía en la que estaba estampado el rostro de Rita Hayworth.

—Puedes, cargarlo a los hombros, Janos. Vamos al puesto de gasolina.

—¿Vas a avisar a la policía, Jim?

—Mucho mejor, a mi hermano, que se alegrará de saber que ya hemos dado con el misterio.

En el despacho del puesto de gasolina echó Heredia sobre un diván al amordazado *gángster*, mientras Jim Vespa anunciaba:

—
F. B. I.
Tenemos prisa. Telefonee a Atlantic City, a este número que le dejo escrito. Pida por él agente Bruno Vespa, y dígale que se llegue aquí urgentemente. Usted me responde de que este tipo no se escapará. Es peligroso.

Volvieron a salir los dos, apresuradamente.

—¿Y ahora, Jim?

—A por los otros.

—Oye, tú, ¿no sería mejor dejar la cosa a los del
F. B. I.
? Ellos tienen entreno y paga para…

—Si escapan los otros, tu piel no vale un centavo, campeón.

—Es verdad. Bueno, contigo voy yo… donde sea.

—El otro espera en la carretera. Está ya la noche encima, y verá llegar el «Pontiac». Yo, al volante, y tú, agazapado detrás. Toma esta llave inglesa. Cuando suba, le atizas fuerte. ¿Está claro?

—Se puede dar cuenta y…

—Llevo pistola. ¡Oh, diablos, no lo pongas más difícil!

El «Pontiac» arrancó guiado por Jim Vespa, echado sobre la frente el ala del sombrero ajeno. Atrás, nerviosamente, empuñaba Janos Heredia la llave inglesa.

Frenó bruscamente Vespa, cuando saliendo de la cuneta, Bully agitó una mano. Tenía ya el pie en el estribo, cuando se echó hacia atrás, en repentino gesto, llevándose la diestra al sobaco.

Brotando del coche como un nadador, Jim Vespa saltó encima de él, rodando por el suelo asido a su cuello.

—¡Duro, Jim! —gritó Heredia, acudiendo.

Pero en el suelo, los dos rodaban, luchando Jim Vespa para impedir que el *gángster* sacase la pistola, y Janos Heredia, en alto la llave férrea, titubeaba, porque temía golpear a Vespa.

—¡Duro, Jim!

Excitado, Janos daba vueltas alrededor de los dos hombres enzarzados a puñetazos, hasta que por fin Jim Vespa consiguió un impacto contundente en la sien de Bully, que soltó un gemido ahogado, antes de que sus brazos cayeran flojamente a ambos lados del que repitió el golpe.

—Y va otro —exclamó alborozado Heredia—. Eres un *as*, Jim.

¡Vamos a por los otros dos!

—Quédate atando a éste. No podemos perder más tiempo, porque la tardanza extrañaría a los otros dos. Vuelvo enseguida.

—No, Jim. No puedo dejarte ir solo allá.

—No te apures, campeón. Esta vez dispararé, que es el mejor sistema con estos tipos. Les dispararé a los brazos.

Janos Heredia, inclinado sobre el *gángster* sin sentido, le sacaba la pistola, y del mismo tirante, un par de aros metálicos, que puso alrededor de las muñecas de su propietario.

—Voy contigo, Jim. Éste callará, porque le voy a meter en la boca su corbata y, si es preciso, el sombrero.

En el «Pontiac», Jim Vespa, arrancando, comentó ufano:

—Mi hermano creía que por no haber aceptado un empleo en el F. B. I.
, yo era un flojo. Va a poner una cara de torta, cuando me vea custodiando a los cuatro.

—Faltan dos, Jim. Tú le disparas al primero, y yo al segundo…, según el orden en que se acerquen.

—Me da reparo, Janos. Así disparar a sangre fría, como si fueran conejos.

—¡De conejo me quisieron disfrazar! Y se cargaron a Tim… Matarlos, no, Jim, pero emplear sus métodos, ¡vaya que sí!

—Reclínate al fondo, y no le des más puntapiés a éste.

—Es que se estaba moviendo. Además, tengo los nervios hechos fosfatina, Jim.

—No voy yo tampoco muy tranquilo, pero me está gustando esto, Janos. Ahora comprendo por qué mi hermano tiene tanta pasión por su oficio. Eso de cazar a cazadores de hombres, abusones y cobardes, que se meten en cuadrillas, recompensa. ¿No estás tú satisfecho?

—Lo estaría más si tuviéramos ya a los otros dos, con la corbata entre los dientes y las manos atadas.

Se acercaba el viraje que daba acceso al paraje donde estaba el horno y el caserón, que habían elegido los cuatro *gangsters*, atendiendo las instrucciones de Sterling Zarco.

Encendió Vespa los focos a su máximo, aminorando la marcha, y cuando detenía el «Pontiac», salieron del caserón los otros dos. Venían con las diestras metidas en los bolsillos. Uno de ellos se

ajustaba el nudo de la corbata.

Bajó Vespa del coche, y al resplandor lateral de los faros, vio perfectamente a los dos cuando ya distaban cinco pasos.

—¡Arriba los brazos, compadres! ¡Y tú, dispara, Janos, si se ponen tontos!

Uno de ellos se tiró al suelo cuan largo era. Disparó Jim Vespa y, contagiado, Janos hizo lo mismo.

El pistolero tendido apretó el gatillo, pero era tarde… Su mano se crispó y la bala fue a incrustarse en el suelo, a poca distancia de su cabeza.

El otro, las manos en alto, se quedó quieto.

—Baja, Janos, y átale a éste. El otro…, me parece que va servido.

Se aproximó el futbolista al que sostenía en alto los brazos, y pasando por detrás, le registró. También llevaban los dos aros, colgantes bajo la pistola en la funda sobaquera.

Arrodillado, Jim Vespa dio vuelta al pistolero.

Las dos balas disparadas por él se habían alojado en la frente.

Era el primer hombre que Jim Vespa veía muerto por su mano. Se estremeció, murmurando:

—Él o yo. No era momento de delicadezas.

—Has tenido tú suerte de que era la primera vez que sostenía yo una pistola —mascullaba Heredia, mientras empujaba al pistolero.

Jim Vespa sentía un frío sudor, mientras arrastrando los pies el pistolero que llevaba enlazado por la cintura, le pasaba el laxo brazo por encima la espalda.

Lo dejó caer atrás, a los pies de Heredia, que sentado junto al otro, le apuntaba con su pistola.

Al rincón el otro, amordazado y esposado, conservaba la cabeza agachada.

—Buen cargamento, Jim. Puedes conducir tranquilo, que al primero de estos qué se mueva, lo dejo seco. Y que disparando puedo volverme loco. Con que ¡más quietos que estatuas, verracos!

A toda velocidad, el «Pontiac» llegó al puesto de gasolina, donde ya los dos mecánicos esperaban curiosos.

Ayudaron a llevar a los dos con vida, mientras Jim Vespa y Janos Heredia transportaban al muerto. Quedaron todos en el despacho, encañonados por Heredia, mientras uno de los mecánicos

decía:

—Telefoneé donde me dijo, señor inspector, y el señor Bruno Vespa dijo que no tardaría más allá de tres horas. No he llamado a la policía local, ya que es asunto del

F. B. I.

La admiración con que le contemplaban, respetuosos, inundó de agradable orgullo a Jim Vespa.

—Sácale la corbata a éste, que se está asfixiando, Janos. Tú tienes que estar a las nueve en Hersey. Guarda silencio, hasta que mañana el

F. B. I.

determine si debe o no ser publicado todo esto, ¿comprendes, Janos? Podría inspirar ideas de imitación a otras bandas.

—Seguro que callaré, seguro. He pasado demasiado mal rato. Yo me voy. Estoy más reventado que si hubiera estado chutando dos horas seguidas. Será la reacción… A las ocho pasa el autocar de servicio entre las fronteras. Lo cogeré…, y ¡bravo, Jim! Eres todo un jabato. Gracias a ti, mañana podré jugar con toda tranquilidad, y ¡a ganar!

A las dos horas y cuarenta minutos, un coche del

F. B. I.

llegaba, y Bruno Vespa, a solas con su hermano y los *gangsters* encañonados, escuchó las explicaciones.

También hubo un destello de admiración en sus ojos, al replicar:

—Bien trabajado, Jim. Pero esto no se ha acabado. Me da la sensación de que estos tipos no trabajan independientes. Alguien los maneja. Y no hablarán voluntariamente. Vamos a llevarlos a Nueva York, y allí podremos consultar sus fichas.

Era ya la una de la madrugada, cuando en el departamento central fueron extraídas las fichas de los cuatro, tres de los cuales estaban en la misma celda.

Bruno Vespa silbó prolongadamente leyendo las anotaciones.

—Son los cuatro «fieles» de Sterling Zarco. Ya te dije que no se había terminado el asunto. Hay que localizar a Zarco… ¿Sabes lo qué he averiguado? Bárbara Lombard es la novia de Zarco. Tú que la conoces vas a llegarte a su hotel, y te haces con ella. La traes aquí. Vas a pasar la noche en vela, pero el asunto lo merece. Mientras, yo localizaré a Zarco, y una vez cogido, podrá mañana

jugar tranquilo Janos Heredia. ¿Quieres un agente para ir a visitar a Bárbara?

—Me basto yo solo. Me parecería el colmo ir con otro a despertar a la hermosa vampiresa. Ya comprendo ahora todo el asunto de Tim.

—Espeta unos momentos. Vuelvo enseguida.

Cuando regresó Bruno Vespa, fue para explicar su salida:

—En Atlantic City no se ha visto a Zarco. Indagué para que no tuvieras la sorpresa de encontrarte con él allá. Zarco es duro de pelar.

Camino de Atlantic City, Jim Vespa trataba de borrar la imagen del pistolero muerto, pensando en Tim O'Connor.

Cuando llegó al alojamiento de Bárbara Lombard, se sintió compenetrado con su nuevo trabajo.

El portero de noche dormitaba tras el mostrador.

—La llave del departamento ocupado por Bárbara Lombard. Orden del F. B. I., amigo.

Presuroso, el guardián le tendió una llave, tras frotarse los párpados. Después, preguntó:

—La credencial, señor. Perdone, pero es mi obligación…

Jim Vespa marcó en el teléfono unos números. Aguardó.

—¿F. B. I., central? Comuniquen a este hombre que llevo una misión. Escuche usted, amigo.

Cogió el ascensor, y poco después tocaba en la puerta de las habitaciones de Bárbara Lombard. Esperó unos instantes y repitió con más fuerza la llamada.

La puerta se entreabrió, y un frufrú de sedas y encajes precedió la voz melodiosa de la muchacha, al decir:

—Son las dos de la madrugada, Jim… ¿Te parece bien…?

—Abre, preciosa. Tengo algo muy urgente que comunicarte.

Cuando entró, fue extraño el pensamiento que surcó como un relámpago por la mente de Jim Vespa. Ante aquella escultura, poco

velada por la tenue bata, sentía una excitación malsana, muy distinta a la sensación de dulce placidez que le había proporcionado el paseo con Mabel Cardigan por las riberas del Delaware, en Princeton.

—Vístete, Bárbara.

—¿Estás loco? Tengo sueño…, y si te abrí, fue porque…

—Tenemos que ir a Nueva York.

—¿A qué?

—Allí te lo explicarán. Se trata de lo que le sucedió a Tim O'Connor

.

—Pero, oye, adoptas un tono que me irrita. Pareces un policía mal educado. ¿No estarás bebido. Jim? Hablemos con calma. ¿Quién eres tú para obligarme a ir a Nueva York, si no me da la gana?

—Soy simplemente un tipo tranquilo, que por unos días fue un presunto criminal para su propio hermano. ¡Venga, a vestirte!

—Pensé que habías venido a pedirme todo lo contrario —sonrió ella.

—Y cuidado, nena… Me dolería tener que emplear la violencia, porque al fin y al cabo eres una mujer.

—¿En qué lo has notado?

—Anda, no me hagas más desagradable la misión.

—Bien, iré a vestirme…

—No me fío. Tienes en los ojos unos reflejos muy poco amorosos.

—Ven conmigo entonces.

Dirigióse ella a su alcoba. Los instintos de Jim Vespa no pudieron controlarse, cuando, tras ella, contemplaba el suave vaivén bajo la bata sutil.

Cruzó el umbral, y tardíamente levantó las dos manos hacia su cabeza. Le pareció que el techo, derrumbándose, le aplastaba el cráneo.

Sterling Zarco acababa de asestarle un culatazo.

—Pronto, Bárbara —apremió—. Ya me imaginaba yo que los muy imbéciles se habían hecho atrapar. Me está bien empleado, por no haber dado la cara allá en Pittsburg. Vístete, deprisa…

—No le mates, Sterling.

—Parece que te inspira algo este entrometido.
—Si le matas, te enviarán a la silla, porque sabrán que eres tú.
—Tú a vestirte y a callar.

CAPÍTULO VIII

Jim vespa trataba de levantar los párpados, sintiéndolos pesados. Le dolían intensamente las raíces de los cabellos, que se le antojaban estar constituidos por erizados clavos.

Alguien, a su lado, le hablaba con tono apaciguador:

—Vamos, Jim, que no es más que un chichón. Tienes la cabeza dura, gracias a la Providencia.

Se palpó la cabeza, notándola vendada, y bruscamente abrió los ojos, recordando… Manoteó:

—¡Bárbara!…

—No te agites, Jim —dijo su hermano—. No quise enfriarte el entusiasmo y te dejé ir solo, pero iba yo atrás de tu pista con otro agente. Entramos por la terraza, cuando, terminándose de vestir, ella se disponía a marcharse con Zarco. Éste no ofreció resistencia. Es cuco, y se limita a decir que los cuatro actuaban por su cuenta, sin que él tuviera nada que ver en esto de las apuestas. Pero lo tendremos a la sombra por una temporada, por uso de armas sin licencia. Y en cuando a ella, hablará cuando sepa que estamos preparando una acusación de asesinato.

Jim Vespa se incorporó en el sillón, cerrando los ojos.

—Duerme aquí mismo, Jim, y a las doce te despertaré, para llevarte a Pittsburg.

—Tengo que estar a las doce en Hersey para conducir el autocar.

—Estarás, no te apures. Ahora duerme. Te han dado tres puntos de sutura y un calmante. Será cuestión de unos días. Has triunfado en toda la línea, Jim.

Al mediodía siguiente, la cabeza vendada de Jim Vespa provocó toda clase de preguntas del equipo. Janos Heredia adoptaba un tono discreto de indiferencia.

El

F. B. I.

recomendaba silencio, hasta el total esclarecimiento del caso. En el estadio de Pittsburg, al ir a ponerse una de las botas, notó Janos Heredia algo duro en la plantilla.

Introduciendo los dedos, sacó una cartulina en la que iba prendida con un alfiler un billete de mil dólares.

En la cartulina, letras impresas de periódico, recortadas, decían:

> *«Janos: Lee y no digas nada. No marcarás gol, si no quieres seguir la suerte de Tim. Mañana recibirás cinco mil más, si cumples».*

No había firma. Janos Heredia, congestionado, pensó primero en una broma pesada Pero lo consideró imposible, tras reflexionar. Estuvo tentado en llamar a Jim Vespa…

¿Quién había entrado en los vestuarios? Aunque también pudo ser en el autocar donde estaban los maletines con los equipos.

Introdujo en el maletín la cartulina con el billete prendido. Y al calzarse, se levantó, ajustándose las correas, llamando:

—¡Jim!

Acercóse el interpelado, a quien, sin mirarle, dijo:

—Estarás seguro de que todos cayeron en el garlito, ¿no, Jim?

—La banda entera. No estés nervioso, muchacho. Hay que ganar, porque eliminando el «Pittsburg», iremos a Nueva York en plan de reposo.

En el campo, muchos espectadores leían el programa con aclaraciones para los no enterados. Entre otros comentarios, especificaba el articulista que, si bien en Europa empleábase la nueva táctica de los tres defensas, era más conveniente practicar el juego de ataque, con un medio centro.

También especificaba que no podía ser substituido el jugador lesionado, por cuánto se había comprobado que algunos equipos hacían fingir a sus jugadores cansados una lesión, para ser relevados por otros que, entrando llenos de energía, suponían una desventaja para el equipo adversario.

El equipo de Pittsburg tenía en su alineación a tres nativos de la

ciudad. El resto eran holandeses, alemanes y sicilianos, que era el núcleo mayor de la población.

En el banquillo, buscó Jim Vespa a Mabel Cardigan, pero sólo vio a su padre, paseando por el hemiciclo tras la portería que en el sorteo había correspondido al Pittsburg.

Empezó el partido, con diversas alternativas, empleándose a fondo los jugadores del «Pittsburg», animados por su público.

Su interior izquierdo, un siciliano, era escurridizo y dominaba el regate, driblando ágilmente. Consiguió internarse a los quince minutos, y el guardameta Lito Ortiz, pese a su estirada, no pudo impedir que un raudo *chut* se convirtiera en gol.

Puesta de nuevo en juego la pelota, el extremo del «Atlantic» recibió un pase del medio centro, y se internó, en arrancada individual, llegando hasta el área, donde sirvió bombeado y adelante…

Janos Heredia avanzó antes de tiempo, en *offside*, que fue pitado por el árbitro. Poco antes de terminar la media parte, repitió de nuevo un claro *offside*, y faltando medio minuto, un defensa del «Pittsburg», al intentar despejar un *chut* de un interior contrario, desvió el balón, que se introdujo en su propia meta.

Uno a uno señalaba el marcador al retirarse los dos equipos. En él vestuario, tras increpar a Janos Heredia, el entrenador reunió a los otros, para indicarles que, en la segunda parte, dieran el juego al medio centro, ya que Heredia jugaría relegado, reemplazando al medio centro.

—Palabra, Janos, que los dos *offside* en que te metiste, no tienen perdón. ¡Ni que lo hubieras hecho a conciencia!



...apoyado en la barandilla, movió el bastón lentamente...

Janos Heredia sacudió la cabeza negativamente.

Y exclamó, atajando al entrenador:

—¡Te prometo que ya me fijaré más! Déjame en mi sitio, y si a los quince minutos no he marcado ningún gol, cámbiame.

—Bueno, lo haremos así, Janos. Anda, a por el desquite.

Pero, ya en el campo, Janos Heredia miraba al público

congregado tras la puerta del «Pittsburg»… Allí podía estar, acechándole, el que mató a Tim O'Connor. Sintió que sus nervios no iban a responderle. Pero si se retiraba, sin lesión que lo justificara, en un partido como éste, donde era necesario ganar, para poder enfrentarse al otro domingo con el «Nueva York», se había terminado su carrera de profesional.

—¡Jan! —gritó su interior, al verle distraído, dejando que le pasara el balón por delante.

Vio a Jim Vespa corriendo a un lado, agitando los brazos, y como el juego era ahora llevado ante la portería del «Atlantic», le oyó gritar:

—¡Ánimo, Janos!

Un fuerte despeje de un defensa, acercó el balón al sitio donde se hallaba Heredia, que nerviosamente avanzó con él, sorteando al medio centro, para después bombear el balón encima del defensa que le cerraba el paso.

Avanzó raudo, empalmando su propio pase, y la pelota se colocó en la red, sin que el portero del «Pittsburg» pudiera siquiera tender los brazos.

—¡Bravo, Jan! —aulló Jim Vespa.

Y todos sus compañeros le abrazaban, mientras en la puerta, Lito Ortiz murmuraba:

—Este idiota se está suicidando.

Pasaron unos minutos hasta que el extremo siciliano volvió a sprintar, y Lito Ortiz hizo una espectacular salida en falso, saltando en el aire, cuando ya el balón estaba fuera de su alcance.

El marcador señaló dos a dos. Y Janos Heredia, envalentonado, al ver que su gol no había tenido fatales consecuencias, prodigó sus esfuerzos, en pugna contra los dos defensas.

Pero toda su voluntad se estrellaba contra el cerrado marcaje de que era objeto. El tiempo transcurría sin cambiar el resultado, hasta que, en jugada personal, Janos Heredia, driblando a un defensa, se vio a solas ante el marco enemigo.

El portero no salió, sino que, saltando en sitio, se dispuso a intentar detener el *chut* que amagaba ya Janos Heredia.

Lanzó un gemido, llevándose las dos manos al muslo derecho. Un defensa acudió para despejar el peligro, siendo ovacionado, mientras Janos Heredia, cojeando y sujetándose el muslo, daba la

impresión de haber sufrido un esguince.

Llegó hasta la línea y se desplomó, pálido, con muecas de agudo dolor. Jim Vespa y el masajista llegaron a la vez…

—A la… enfermería, Jim… Me han… —Y se desmayó.

Pero sus dos manos se agarrotaban alrededor del muslo derecho, mientras en volandas era llevado por Jim y el masajista, hasta la mesa, donde el entrenador mascullaba:

—Mala suerte de esguince… ¿Qué te pasa, Janos…?

Por entre los dedos del jugador iba extendiéndose una mancha roja, de sangre. Jim Vespa logró apartar las manos de Heredia, y apareció en el muslo un ancho corte, por el que manaba sangre en abundancia.

—Haz un torniquete —dijo Vespa al masajista—. Y usted, escúcheme, sin perder la serenidad. Tiene que saber lo que sucedió a Tim. Creía yo que la banda estaba encerrada, pero por lo visto hay alguien más. ¡Que no sepan nada los demás jugadores! Diga que fue un esguince…

—Oiga, Jim… ¿dónde va ahora?

—¡A ver quiénes están en la grada de puerta sur!

Pero, camino de la grada, pensó que el agresor misterioso no estaría ya entre el público. Y no vio a ningún conocido…

El partido terminó con empate, pese a los esfuerzos del «Pittsburg» y su superioridad numérica. La noticia del esguince circuló.

Y, en la enfermería, el médico extrajo del muslo un objeto alargado, metálico, como un trozo de hoja de cuchillo.

—No ha lastimado músculos locomotores, desgarrando solamente los tejidos y arañando el hueso. Con una operación, dentro de un mes, Janos podrá jugar normalmente. Y ya que usted invoca el
F. B. I.
, le doy mi palabra que no propagaré la verdad.

Cuando hubo oído las explicaciones de Jim Vespa, el entrenador comentó, atribulado:

—Si lo saben mis chicos, estamos perdidos, y el domingo es el partido decisivo de la primera vuelta.

Janos Heredia, a solas con Jim Vespa, trató de sonreír:

—Creí que no pasaría nada, Jim.

—Estás vivo, Janos. Debiste decirme lo de la cartulina y los mil. Hubiésemos vigilado la grada de puerta. Mejor será que te trasladen a la clínica del médico que te asistió. En Atlantic City podría haber indiscreciones. Y… tendrás permanentes dos vigilantes del
F. B. I.
Así me lo ha dicho mi hermano.

Cuando ya el autocar quedó en el local de Atlantic City, Jim Vespa subió en el coche del
F. B. I.
, que le trasladó a Nueva York, donde su hermano, ya informado, explicó:

—Bully ha confesado. Dice que Zarco se entrevistaba con un hombre enmascarado. Hemos tratado de averiguar quién recogió las apuestas hechas por el «Pittsburg», pero, apenas terminó el partido, muchos habían ya cobrado a la par los que apostaron por empate del «Pittsburg». Era ya tarde, y si algo me consuela, es saber que Janos no ha sufrido la suerte de Tim
O'Connor
, porque eso no me lo hubiese perdonado.

—De aquí al domingo que viene, ya sabremos quién es este enmascarado. Yo tengo mi pista, Bruno, pero está basada en una corazonada. Ahora, me voy a dormir.

Capítulo IX

Mabel Cardigan estaba contemplando los escaparates de la Séptima Avenida, cuando vio reflejarse en el cristal la figura del hombre que últimamente había ocupado su pensamiento.

Jim Vespa, tras estrechar la mano que ella le tendió con impulso amistoso, indicó:

—Aguardé para abordarla, a que estuviera lejos de la casa de sus familiares. Tengo que hablarle, Mabel. ¿Le parece bien que entremos en aquel bar?

—No tengo inconveniente.

En el elegante bar, formando tres terrazas, instalóse Vespa en la superior, donde quedaron los dos aislados, después que el camarero se fue a cumplimentar la petición de dos batidos.

—Sigue usted muy melancólica, Mabel.

—No lo puedo evitar.

—No podemos evitar que el ave de la melancolía agite sus negras alas sobre nuestra cabeza, pero sí podemos impedir que haga su nido en ella, Mabel.

—¿Es por eso que conserva usted el sombrero puesto? —Intentó ella bromear.

—Uno no hace daño, Jim, y es un tónico… que va usted a necesitar. A su salud, Jim.

—A la suya, señor.

Quitóselo él, y quedó visible el apósito que cubría parte de su cuero cabelludo.

—¿Un accidente, Jim?

—Relacionado indirectamente con una «Kodak» desaparecida, con la muerte de Tim O’Connor, con Janos Heredia en una clínica, y con el repentino desengaño que usted sufrió a raíz del partido

«Princeton»-«Atlantic».

Blanquearon las sonrosadas mejillas, femeninas.

—Ignoro de qué me habla.

—Alguien soborna con amenazas de muerte, Mabel. Alguien asusta a los delanteros centro, para apostar en contra. Y no sé por qué, me he figurado que usted sabe quién es este alguien.

—Su sospecha es totalmente infundada.

—Tim O'Connor murió porque le dispararon un proyectil en el momento en que iba a dar la victoria al «Atlantic». El F. B. I. está investigando, y descubrirá quién fue.

—Yo nada sé, Jim.

—Es posible. Janos Heredia ha quedado inútil por una temporada, y el entrenador me ha ofrecido jugar el próximo domingo, porque, al parecer, reúno condiciones. Será imposible seguir ninguna pista a través de las apuestas, ya que el volumen será enorme, y cientos los lugares autorizados y no legalizados también, donde se lleven a cabo. Yo saldré al campo, y no quiero dármelas de héroe, pero, aunque reciba mensajes como los de Tim y Janos, yo jugaré a ganar.

—Nada le pasará Jim.

—¿Es un buen deseo o una seguridad, Mabel?

Calló ella, mientras el camarero dejaba sobre la mesa las dos bebidas heladas.

—Pese a ser mujer, Mabel, no sabe usted disimular. Está agitada…

—Es que me pone nerviosa su actitud, Jim. Parece como si sospechara que yo pueda estar complicada en este misterio.

—Un misterio en que ha muerto ya un hombre, y otro escapó milagrosamente, porque se ve que el asesino falló la puntería. Hay cosas poco claras, Mabel.

—Yo se las puedo aclarar.

—Se ha marchado usted de Atlantic City, donde reside su padre.

—Porque mi padre estimó que sería mejor cambiar de aires para olvidar mi desengaño.

—Puede estar encubriendo a alguien, y me dolería, Mabel, que

el domingo próximo, pudiendo evitarlo, usted permitiera que el desconocido asesino volviese a matar.

—Le juro que no le pasará nada, Jim.

—Un juramento que si yo fuera del
F. B. I.
, sería peligroso para usted. Si quiere hablarme, éste es mi teléfono. Yo no puedo estar por más tiempo viéndola sufrir, Mabel. Usted tiene un secreto, y le duele.

—Jim… Por favor, no se vaya …

—Confíe en mí y dígame cuál es su secreto.

—No tengo ninguno.

—Entonces, adiós. Espero que podré volverla a ver el próximo lunes, y si no… allá con su conciencia. Adiós.

Ella le dejó marchar, y apenas desapareció del alcance de sus ojos, ocultó el rostro entre las manos, sollozando:

En la calle, dirigióse Jim Vespa al coche donde le esperaba su hermano.

—¿Y qué?

—Nada.

—No supondrás que es ella, Jim. No estuvo en el campo del «Pittsburg». Además, es la hija de Cardigan.

—Precisamente por eso. Sí, mira… ¿A quién ella podría encubrir? Solamente a su padre.

—¡Henry Cardigan! Es el presidente del «Atlantic», y además, dueño de una cadena de emisoras.

—Que le están arruinando, porque no puede vencer la competencia del *Trust* de la Costa. Y ahora, escucha, Bruno: tengo un amigo en el Central Bank de Atlantic. Hoy mismo le he telefoneado. La cuenta corriente de Henry Cardigan era hace unos días de siete mil dólares y pico. ¡Esta mañana ha ingresado cien mil dólares!

—Bien. Entonces, el domingo próximo tendré yo a dos agentes femeninas, vigilando los pasos de Henry Cardigan. Y ahora, ordenaré que vigilen a Mabel y que sea intervenida la línea telefónica de padre e hija. Y… ¡tú ingresas en el
F. B. I.
!

—Según se me dé el domingo, Bruno —sonrió algo tristemente

Jim Vespa, para añadir—: Cuando sea cogido Henry Cardigan… ¿qué le pasará a Mabel?

—Esto lo arreglaré yo.

Por espacio de tres días, Jim Vespa se entrenó en el puesto de delantero centro, mereciendo la unánime aprobación. Tenía intuición y vista, y su acerada delgadez engañaba, porque él seguía en pie, mientras los corpulentos defensas rodaban por el suelo al hacerle objeto de sus cargas de entrenamiento.

Al cuarto día, después de ducharse, y cuando abandonaba el campo, vio un coche detenido, y en el asiento posterior, a Henry Cardigan, que, asomado por la ventanilla, le hacía señal de que acudiera.

—Buenos días, señor Cardigan.

—Suba, Jim. Permítame felicitarle. Está usted salvando al equipo de una situación comprometida. Me ha dicho el entrenador que es usted un maravilloso elemento, y el domingo tenemos un partido decisivo. Ganando, virtualmente seremos campeones, y representaremos a los cuatro estados Costa-Norte en el torneo para el trofeo norteamericano.

El coche dirigíase al domicilio particular de Cardigan. Jim Vespa contestaba con natural modestia a los elogios del atildado hombre de negocios.

Descendieron del coche, y poco después, en su despacho suntuoso, Henry Cardigan tendió al joven una copa donde había escanciado un dorado *whisky*.

Dejó Cardigan su vaso sobre la mesa, y sentándose, juntó las yemas de los dedos, ante los labios Tras los cristales sin cerco, sus ojos, destellaban con una expresión de ironía.

—Es usted un hombre afortunado. Jim, aunque el mérito le ayuda. Pero estoy luchando entre dos sentimientos, sin poder olvidar que por un lado soy el presidente del club, y por otro, un hombre que necesitaba dinero. No le quiero ocultar que mis emisoras se comieron todo mi capital. Y las voy a abandonar.

—Gracias por sus confidencias, señor.

—Tiene usted mucho que ver en mis decisiones, Jim. Si el domingo juega usted como se espera, la fábrica Camden va a perder un magnífico probador.

—No lo entiendo, señor. Puedo alternar las dos profesiones.

—Muy bien, no quiero intrigarle más; Jim. ¿Recuerda su patente de contramarcha y obtención en prismas de la figura filmada? Desde el momento en que le oí, comprendí que era un gran asunto, pero carecía yo de capital. Fui a Hollywood, donde tengo un amigo de infancia. Me ha facilitado los cien mil dólares primeros, con los que poder empezar la fabricación de su invento. Naturalmente, mis beneficios se han visto reducidos en un quince por ciento, pero aun así, antes de un año, Jim…, usted y yo seremos millonarios.

Rió suavemente Henry Cardigan, mirando a Jim Vespa, cuyo rostro demostraba una gran decepción.

—Es usted un caso, Jim. Casi parece enojado.

—Perdone, señor, pero tengo que confesarle algo que le va a enfadar enormemente.

—¿A mí? No, Jim… Usted ha sido como quien dice mi ángel salvador. Le deberé mi prosperidad futura.

—¿Puedo servirme un poco más de tónico, señor?

—No faltaría más…

Detalladamente, fue explicando Jim Vespa los casos de Tim O'Connor y Janos Heredia, y sus sospechas, basadas en los cien mil dólares, y en la confusión de Mabel.

Henry Cardigan, repentinamente serio, dijo, tajante:

—Está muy mal haberme dejado en la ignorancia, Jim. Y, en cuanto a Mabel, su actitud se debe, según me dijo, a un gran desengaño.

—La realidad, señor, es que ahora tendré que salir al campo a jugar sin saber…

—No salga. Denunciaré el caso, y, si es preciso el «Atlantic» se retirará del campeonato.

—Creo que mi hermano… le convencerá de que el mejor medio de atrapar al asesino de O'Connor, será jugando yo el domingo. Las pistas son ya claras. Es alguien que se coloca en la grada tras puerta, cambiando a la media parte. Debe llevar un instrumento, tal como una cámara de fotos, un bastón en fin, algo entre manos.

—Pero, si para coger al asesino, tiene usted que jugarse la vida, yo no lo consentiré.

—Es muy posible que no reciba yo amenaza ninguna, y en este caso, significaría que después del atentado contra Janos, el autor se retirará. Esta vez, después de la detención de Zarco y su pandilla, el enmascarado sabrá que el
F. B. I.
lo cazará si repite.

—Vamos a visitar a su hermano.

Bruno Vespa especificó que dar publicidad era perder toda posibilidad de encontrar al culpable. Añadió que éste sabría que no podía ser hallado por las apuestas, y que, posiblemente, su medio de lanzar el acero era tan ingenioso que, confiado, acudiría al campo del «Nueva York», en Manhattan.

—Pero ¡esto es atroz! —Se engalló Cardigan—. Entonces, usted acepta que su propio hermano se arriesgue a morir…

—Yo no. Es él quien lo quiere, porque afirma, y no puedo llevarle la contraria, que Tim
O'Connor
debe ser vengado. Vigilaremos la grada.

—Suponga que es un jugador del propio «Atlantic»… Suponga que es un individuo que se sienta en las tribunas… Supongamos que…

—He estudiado todas las suposiciones, señor Cardigan. Yo le aseguro que el próximo domingo caerá el asesino.

—¿Cuándo dispare contra Jim?

—Confío en que antes. Además, por ahora, Jim no ha recibido amenaza alguna. Le ruego, señor Cardigan, que colabore. Es superfluo que le indique, que yo soy el primer interesado en que Jim no sufra daño alguno. Es nuestra única posibilidad de detener al culpable.

—Bien. Será indudablemente el partido más emocionante que me ha sido dado presenciar. Y le admiro, Jim, porque yo en su lugar, sabiendo que pronto tendré un millón… Ya, ya, yo soy un positivista y usted un idealista y valiente muchacho.

Al irse Cardigan, Bruno Vespa murmuró:

—¿Qué es esto del millón, Jim?

—¡Anda, guasón, vete ahora diciendo que con el tiempo inventaré un hilo para cortar la manteca! Ya lo oíste. Mis prismas nos van a enriquecer a los Vespa… si el domingo coges al asesino,

antes de me abra un boquete.

—Si recibes una amenaza, Jim, no juegues.

—Yo tengo tanto interés como tú…, y además, quiero, quiero borrar toda melancolía de los ojos de Mabel.

—¿Sigues creyendo que ella…?

—Es buena a carta cabal, y por esto mismo debe ser muy misteriosa la personalidad del asesino del Estadio.

Al día siguiente, en el campo, Jim Vespa miró con nueva atención a los componentes de la delantera. Uno de ellos podía ser.

El sábado, por la noche, la madre de Jim le entregó un paquetito.

—Lo han traído esta tarde.

—¿Quién?

—Tocaron el timbre, fui a abrir, y no había nadie. En el suelo, este paquetito con tu nombre. Tendría prisa el mensajero.

—Esto será. Gracias, madre.

En su habitación, Jim Vespa quitó el papel, abrió la cajita, y, sobre un lecho de algodón, vio un pedazo de hoja de acero, gruesa y afilada.

Una cartulina en la que estaban engomadas letras recortadas de periódicos, decía:

> *«Sal a jugar, Jim, pero retírate al poco, lesionado. Es preferible te disloques un tobillo voluntariamente, a que sigas la suerte de Tim. Es mi último partido. Que no sea tu última valentía».*

CAPÍTULO X

En la mañana del domingo, después de desayunar, Jim Vespa abandonó la casa paterna en compañía de su hermano.

—Dice la madre que anoche dejaron un paquete para ti.

—Contenía esto.

Y Jim Vespa mostró su muñeca derecha, rodeada por una cadena de reloj. En vez de reloj, las dos grapas dentadas de la cadena, asían entre sí un trozo de metal aplanado.

Bruno Vespa lo identificó inmediatamente.

—Es el proyectil que se alojó en el corazón de
O'Connor
y en el muslo de Heredia.

—Trata tú de que no incrusten otro igual en mi cuerpo. Hace ya mucho tiempo que me he acostumbrado a él, y le he cogido cariño.

—Nadie te obliga a jugar esta tarde, Jim. Déjalo.

—¿Por qué iba a dejarlo, ahora, precisamente, en que es infalible que caces al criminal? Lee.

Bruno Vespa leyó el mensaje.

—Esto acompañaba el proyectil.

—Es curioso —replicó Bruno Vespa—. Hay dos detalles raros.

—¿Cítales?

—El primero, que no vino con el billete de mil dólares, como si el misterioso enmascarado tuviera repugnancia a sobornarte, o creyera que tú no aceptarías, el dinero. Y el segundo detalle, es que el estilo es cariñoso, casi como si lamentara tener que hacerte daño.

—¿Piensas en Mabel?

—Será absurdo, pero de esta lectura se desprende que quien te escribe, te aprecia, Tim. Un compañero de equipo, por ejemplo.

—Para disparar este acero, se precisa un instrumento que por lo

menos tenga un muelle distensor. ¿Dónde ocultaría un jugador este artefacto? En camiseta y pantalón, resalta el simple bulto del pañuelo. He eliminado de mis sospechas a los compañeros de equipo, Bruno.

—Entonces, queda Henry Cardigan.

—Supo explicar lo de los cien mil.

—Lo he comprobado. Es, en efecto, dinero que le ha prestado su amigo de Hollywood. Pero Cardigan no iba a ser tan necio, como para ingresar en el Banco el dinero ganado en las apuestas. Y es mucho… Así, por encima, he calculado que entre los dos partidos, puede haber ganado el autor de la muerte de
O’Connor
y la herida de Heredia, unos doscientos mil.

—Y esta tarde puede ganar otros tantos, o más.

—Lo más curioso, es que sabe que estamos sobre aviso. Debe, pues, tener una gran confianza en sí mismo. No juegues, Jim.

—Es inútil. Saldría otro, y correría la misma suerte… Bueno, no hay peligro. Para algo eres uno de los ases del
F. B. I.

—¿Dónde vas ahora?

—A visitar a Mabel.

—Te veré en el campo.

Mabel Cardigan acudió presurosa y sonriente a abrir la puerta.

—Estaba en la ventana, Jim. En el fondo… sabía que vendrías.

—Mabel…, ¿quieres casarte conmigo?

Ella, sorprendida, retrocedió hasta el salón, en silencio. Se sentó, y mirándole, con la sonrisa en los labios, murmuró:

—Ha sido un *chut* muy veloz, Jim.

—Fue gol apenas te vi, Mabel.

—Yo… te quiero, Jim.

Durante unos minutos reinó un silencio de inefable elocuencia, y cuando ella se desprendió de sus brazos, rió nerviosamente:

—Mírate en aquel espejo, Jim. No te sienta la pintura.

Quitóse él con su pañuelo el rojo de labios, y alegremente rió:

—Soy feliz, Mabel. Tus labios son honestos.

—No te entiendo.

—No eres falsa. Tú nada tienes que ver con la muerte de
O’Connor

. Esta tarde juego un partido que es decisivo por varios conceptos. Mira, lee.

Ella palideció progresivamente mientras iba leyendo, y al fin musitó:

—No juegues, Jim.

—¿Por qué no? Vamos a olvidar esto. ¿Vas a ir al partido esta tarde?

—Sí.

Durante el paseo veíase que ella estaba preocupada, pero Jim Vespa estaba contento. Aquellos ojos no podían mentir… Ella no era la persona que mató a Tim
O'Connor
.

Se despidieron bruscamente, porque ella, abrazándose a él, empezó a sollozar, insistiendo en que no jugase.

En el vestuario, mientras se ceñía las tobilleras, Jim Vespa escuchaba distraídamente los comentarios de sus compañeros:

—Hay a lo menos treinta mil personas —decía el extremo izquierdo.

«Treinta mil personas… y entre ellas alguien con un disparador ingenioso», pensó Jim Vespa.

—Nada de nervios, muchachos —decía el entrenador haciendo polvo un cigarrillo entre los dedos, y sacudiendo de vez en cuando el resto del tabaco, para desprender una ceniza inexistente.

Se acercó a Jim, acariciándole con afecto la nuca.

—Tú eres el amo, Jim. No tienes los nervios de Tim, el pobre, ni de Janos. Fíjate bien en lo que te he dicho. Los defensas y el medio centro se te pegarán, porque saben que nosotros tenemos hasta ahora la táctica de entregar todo el juego al delantero centro. O sea, que los quince primeros minutos, tú sirves de señuelo…

—¿De señuelo, eh?

—Sí, hombre, ¿o es que estás nervioso? ¡Caramba, calma, calma! Quiero decir que tendrás encima a los tres, y así los demás crearán juego, sin darte un solo pase, cuando los otros se den cuenta que hemos variado la táctica, o al menos se lo crean, te dejarán libre. Y entonces será la tuya, Si metes un gol, repetiremos otra vez el truco. Tus interiores y extremos volverán a intentarlo por su cuenta, olvidándote, hasta que…

—Comprendo, comprendo. Yo fingiré estar esperando el pase, pero será simplemente para atraer a los defensas. Y al cuarto de hora, exactamente, cambiará la cosa. Unos minutos pasándome ellos los balones.

—Suerte, Jim, suerte. Y ¿no serás supersticioso?

—No.

—Mejor. Lo decía por lo de Tim y Janos.

—Mi hermano está vigilando, y comprenderás que por doble razón, no permitirá que me… Bueno, parece que empieza el jaleo.

—Sí. Falta medio minuto. Bueno, me voy, Jim.

Impulsivamente, el entrenador abrazó a Jim, mientras el masajista le daba golpecitos en la espalda. Rió Vespa:

—El duelo se da por despedido.

La salida del «Atlantic» fue acogida con diversas manifestaciones, siendo la aparición del «Nueva York» el inicio de una atronadora ovación que duró minutos.

Mientras los demás peloteaban, Jim Vespa fue mirando los graderíos. Divisó en el pasillo de tribunas a su hermano, el cual agitó la diestra, sonriendo.

El árbitro llamó a los dos capitanes. Lito Ortiz, el portero, oficiaba de capitán. Sorteado el campo, Lito señaló la puerta sur.

Emparejado con el guardameta, Jim le asió por el jersey.

—Oye, Lito… Tienes perdón porque estabas asustado. Sí, todo está descubierto, y te advierto que como te metan un gol claro, no te zumbará nadie más que yo. ¿Está claro?

Lito Ortiz susurró:

—Ya me dijo tu hermano que todo está vigilado, y que no hay peligro. Jugaré lo mejor que sepa Jim, te lo prometo.

Por detrás de la portería, Bruno Vespa mintió:

—A jugar lo mejor que puedas, Ortiz. Hemos cogido ya al asesino, hace unos minutos.

—¡Bravo! ¿Quién era?

—Quien menos te figuras, Ortiz. Al terminar el partido, podrás visitarlo.

—¿Es hombre entonces?

—Atención, que ya empezó el partido.

Jim Vespa vio como los dos defensas, fornidos, le contemplaban fijamente. El balón estaba en poder de los delanteros del «Nueva

York», y el juego por unos instantes se estacionó en el terreno adversario.

Lito Ortiz efectuó una parada espectacular, despejando largo. El balón fue a caer cerca del extremo del «Atlantic», perseguido por un medio contrario.

Pasó largo al otro extremo, el cual a su vez, tras un regate, cedió a su interior. Salvó la situación el portero, un coloso de metro noventa, que sin esfuerzo, limitándose a levantar el brazo tocaba el larguero superior.

Por espacio de diez minutos, balón que recogían los del «Atlantic» pasaba de extremos a interiores sin llegar nunca a los dominios de Jim Vespa.

Los defensas empezaron a correr en busca de los interiores. En una arrancada, el «Nueva York» originó un barullo ante la puerta del «Atlantic». Despejó de puño Ortiz, recogió un interior, y al ir a chutar fue cargado por la espalda, cediendo la pelota a su medio.

El *chut* fortísimo rebotó contra un defensa, y desviándose hizo inútil la magnífica estirada de Lito Ortiz.

Atronó los aires la ovación con la que el estadio acogió el primer gol casero. Lito Ortiz, mirando a Jim Vespa, hizo un ademán significativo, queriendo decir que él estaba haciendo lo imposible.

Puesto el balón en juego, arrancaron los interiores, pasando uno de ellos a su extremo, el cual, internándose, se dirigió a gol. Le cerró el paso un defensa, y el balón fue cogido de cabeza por Jim Vespa, el cual, pasándolo a su interior, se adelantó.

El otro defensa corrió hacia el extremo, y el balón, bombeado, vino a descender ante el marco, donde el portero, dando un salto, pareció ascender en vuelo alado, junto a Jim Vespa.

El portero, Jim y el balón entraron en la meta. Y como la carga había sido perfectamente legal, el árbitro señaló el centro del campo.

En el suelo, el guardameta masculló, mientras le ayudaba a incorporarse Jim Vespa.

—¡Chacho! Pocas carnes, pero sanas.

—¡Ojalá me duren! —rió Vespa, regresando al centro del campo.

Pasaron ocho minutos. Los defensas volvían a marcar estrechamente a Jim Vespa, quien no recibía ya pases. La táctica imaginada por el entrenador estaba dando resultados.

Cuando el reloj señalaba exactamente quince minutos después del gol obtenido por Jim, los extremos e interiores, que ya se atraían a los defensas y al medio centro, bombearon balones al centro del área de peligro.

En una de estas ocasiones Jim Vespa, burlando la acometida impetuosa de un defensa, que con los dos pies juntos en adelante arrojóse al suelo, rezó mentalmente…

Su pie izquierdo levantó el balón, y al lanzarse el portero creyendo el *chut* destinado a su derecha, Jim cambió la trayectoria y, empalmando un *chut* de derecha, coló el balón por el lado opuesto al que se estiró el portero.

Quedóse Jim Vespa unos instantes inundado de frío sudor. Sus compañeros le apretujaban, le besaban, le zarandeaban… Estaba vivo.

El guardameta del «Nueva York» se adelantó y le tendió la mano.

—¡Chacho! Eres algo serio. Me has engañado. ¡Eh, vosotros, defensas del demonio! Vigiladme a este talento. Matadlo, aplastadlo, zancadilleadle, pero no le dejéis, por todos los santos del cielo.

Dos a uno.

«Estamos ganando» —pensaba Jim Vespa—. Ahora, cuando menos lo espere, algo frío cortará… ¿Dónde?… No debí jugar. Aun estoy a tiempo. Pueden lesionarme…

Los del «Nueva York» llevaban ya unos minutos acosando incesantemente la portería del «Atlantic». Lito Ortiz jugaba maravillosamente, prodigándose.

El balón no rebasaba el centro del campo, siendo constantemente empujado hacia la portería del «Atlantic».

Faltando dos minutos para terminar, el extremo del «Nueva York» marcó el gol del empate en una confusión ante la puerta.

Arrancaron los del «Atlantic», y de repente, estando lejos de su alcance el balón, Jim Vespa, que corría, se detuvo, llevándose la mano al muslo derecho, donde un agudo dolor acababa de pellizcarle.

Frotó fuertemente. Era un calambre sin importancia. El balón pasó por encima de su cabeza; saltó, recogiéndolo, y al impulsarlo trató de recogerlo con el pecho.

Volvió a empujarlo, y se preparaba a chutar, cuando un defensa interpuso el pie. Sorteó Vespa el obstáculo y avanzó dos pasos… El portero saltaba de un lado a otro como un impaciente león enjaulado.

Al ir a chutar, corriendo, dio Vespa un traspiés y cayó cuan largo era. La zancadilla fue castigada con *penalty*.

Jim Vespa en pie percibió el silencio general con que el público esperaba el momento de la ejecución del castigo.

Colocóse Vespa ladeado sin mirar a la puerta. Sonó el silbato, y volvió Jim a rezar rápidamente…

Chutó raso al ángulo izquierdo. El portero se estiró. El balón chocó en el pie del poste y, esquinado, penetró en la red.

Tres a dos.

Rodeado por la humana muralla de los demás jugadores qué jubilosos lo arrastraban al centro del campo. Jim Vespa pensó que debía tener alguna cana.

El árbitro silbó la media parte.

«Ahora, al dirigirme a los vestuarios me van a… Animo, Jim. Tu hermano y el F B. I. tienen mil ojos acechando. Sí, pero que lo cojan después… será poco consuelo. De todos modos, Janos no murió».

Al dirigirse hacia la galería, Jim Vespa se vio flanqueado por el entrenador y el masajista, que le enlazaron por los hombros y la cintura.

—¡Soberbio, Jim! Eres el mejor delantero centro de los Estados.

Bruno Vespa llegaba, y entrando en el vestuario abrazó a su hermano.

—¡Ya está, campeón! ¡Ya es nuestro!

—¿Sí? ¿Quién era?

—Te lo diré después.

—Gracias, Bruno. Ya sólo quedan cuarenta y cinco minutos.

—Está copado.

—Hay treinta mil personas, Bruno.

—Pero sólo una persona que no llame la atención pudo haber colocado el mensaje en la bota de Heredia, y a ti, quitarte la máquina. Alguien que al acercarse al autocar o entrar en el vestuario no podía sorprender. Alguien conocido por todos los jugadores. Mabel…

Sobresaltóse Jim Vespa.

—¿Cómo, Mabel?

—Quiero decir que está en el campo entusiasmada contigo. Eres la figura del día. Ella está en el graderío norte.

—¡Y que lo digas, hermano! —rió Jim Vespa—. ¿Se me ve algún cabello blanco?

Al reanudarse el juego buscó Jim con la vista a Mabel. La vio sentada tras la puerta del «Nueva York». Ella le envió un beso con la punta de los dedos.

Jim Vespa no veía a nadie más que a ella. Con diversas alternativas transcurrió el juego. Extremos, interiores y medios no daban un solo balón a Jim.

Pasaron veinte minutos. Al veintiuno, el delantero centro del «Nueva York» batió en forma imparable a Lito Ortiz.

El marcador señaló los dos treses.

Y vino la jugada personal, el momento de inspiración de Jim Vespa, el cual, recogiendo el balón arrebatándolo en salto ágil al medio centro adversario, fintó a un lado, burlando a un defensa; corrió hacia la derecha, dribló, pasando al otro defensa y se halló solo ante el portero.

Miles de gargantas enmudecieron presintiendo el gol infalible. Un agudo grito femenino resonó en la grada tras la puerta…

Jim Vespa chutó fuerte con todo ímpetu. El portero al arrojarse, desvió con los puños a un lado; recogió de nuevo Jim y con suave impulso empujó la pelota…

Medio inconsciente, Jim Vespa se sintió alzado, llevado en volandas por sus compañeros, estrujado después al volver a quedar en pie, y miró hacia el graderío.

Había un alboroto. Gente en pie le tapaba la visión del lugar donde estaba ella. Vio a Bruno Vespa que cogiendo del brazo a Mabel Cardigan la llevaba casi a rastras sollozante.

Ella era la que había gritado. Con la muerte en el alma, Jim Vespa jugó maquinalmente. No se fijaba en nada, y le arrebataban los balones de los pies.

No supo cómo transcurrió el tiempo. Sólo notó que era de nuevo cogido y alzado. El partido había terminado con el triunfo del «Atlantic» por cuatro a tres.

Con la misma inconsciencia se duchó, se vistió, y, con esfuerzo, logró arrancarse de sus compañeros y los periodistas.

Le esperaban dos agentes del
F. B. I.
que en el coche le dijeron:

—Su hermano le espera, Jim. Felicidades. Es usted un *as*.

En el departamento, Bruno Vespa salió a su encuentro. Ansiosamente vio él a Mabel Cardigan llorando suavemente en un rincón, abatida.

—¡Mabel!

Ella, levantándose, se arrojó en sus brazos.

Bruno Vespa tosió para llamar la atención, y después aclaró:

—Gracias a ella, Jim. Gritó en el mismo instante en que él iba a disparar. Pero ya le tenía yo el ojo encima.

—¿Quién él? —aulló rabioso Jim Vespa.

—Bart Burlington, hombre; Bart Burlington.

—¡No!

—Sí. Ahí lo tienes en aquel despacho; está firmando su interrogatorio. El arma era un bastón, cuya empuñadura figuraba una cabeza de lebrel. Le bastaba apoyarse en la empuñadura apuntando, y el resorte…

Corriendo, Jim Vespa entró en el despacho adjunto. El octogenario Burlington, el vegetariano, se pasaba las manos esposadas por los blancos y espesos cabellos.

—¡Bart! —murmuró Jim Vespa, apenado—. Pero… ¿usted?

Bart Burlington levantó los párpados, y sonrió tristemente.

—Estos creen que estoy loco, Jim —y señaló con sus manos esposadas a los dos agentes del
F. B. I.
—. Era el sueño de mi vida, y además una venganza.

—Pero yo no le hice nada, Bart.

—Tú, no, y hasta te aprecio, Jim. Pero iban en juego doscientos veinte mil dólares. Yo tenía que matar a Tim
O’Connor
, que era un canalla, que dándole promesa de matrimonio, engañó a mi nieta hace dos años. Esperé la ocasión, y pensé que vengándome podía a la vez obtener el capital para lo que era mi sueño de toda la vida. Fundar un centro de discípulos demostrando prácticamente que mis teorías permitirían prolongar la vida… Ya sé, he matado y no me arrepiento. A ti no te hubiese matado, Jim… Como a Janos…

Molesto, Jim Vespa contemplaba atónito al anciano vigoroso, que seguía diciendo:

—Esta tarde jugaba todo el dinero, y me hubiese retirado si vuestro equipo perdía o empataba. Pero tú eres valiente, Jim…

Bruno Vespa, que entraba, hizo una señal a los dos agentes, los cuales abandonaron el despacho. Se inclinó sobre el anciano.

—Oiga, señor Burlington, ¿qué le dijo usted a Mabel para lograr que ella no le denunciase?

—Cuando me vio robarle la máquina a Jim y cambiarla por las novelas, se calló porque no comprendía. Pero esperó a que yo revelase las fotos, en una de las cuales se me veía apoyado sobre el bastón. Yo le dije que había matado a Tim O'Connor porque engañó a mi nieta, que, desesperada, se suicidó. No supe que era él hasta hace dos meses. Y combiné el vengarme con mi afán de llevar a la práctica mis teorías. Necesitaba medio millón para el terreno, el edificio, los salarios, los premios a los discípulos… Bien, Jim; has ganado. Y serás feliz porque Mabel te quiere mucho. A mí me quería de otro modo, y me hizo jurar que no te haría nada. Pero cuando vio que yo…, en fin, que no quería que metieras el cuarto gol, el del triunfo…, gritó, se me echó encima y me quitó el bastón… Es como tú, valiente, la chiquilla.

Media hora después, Jim Vespa decía amargamente:

—He triunfado, Mabel; soy un hombre feliz…, y no puedo evitar de sentir pena por el viejo.

—Tu hermano dice que no lo ejecutarán.

Estaban cenando en el restaurante de Guido. Las tres hijas se alternaban para servir. Llegó Bruno Vespa acompañado de Henry Cardigan.

—No será ejecutado, Jim. Un buen defensor sabrá sacar partido de su venganza, y dirá que la obsesión de sus teorías le condujo a buscar el capital de este modo. Sacará a relucir que no mató a Janos… En fin, asunto terminado, parejita. ¿Brindamos, señor Cardigan?

—¡Por vuestra felicidad! El domingo que viene, Jim… —empezó a decir Cardigan.

—No, por favor; yo no juego ya más al fútbol. El domingo que viene Mabel y yo estaremos en plena luna de miel allá por el Caribe

y Florida. En plena luna de miel…

Las tres hijas de Guido suspiraron al unísono. Luna de miel en el Caribe y en Florida. Un sueño de película si el acompañante era Jim Vespa, el *as* del «Atlantic Club».

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)
es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los año setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.
V. De
brigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, V. Debrigaw, y Vic Peterson.

Notas

[1] «Adelante, adelante, ánimo, ánimo, Princeton». < <